

Carmen Covito

**Esqueletos sin armario
y otros relatos**

traducción

Grupo de investigación Universidad Complutense de Madrid

www.ucm.es/info/italiano/

Edizione d'Autrice

Esqueletos sin armario y otros relatos

©2014 Carmen Covito – Edizione d’Autrice

ISBN 978-88-900599-3-3

Primera edición digital, abril de 2014

Título original:

Scheletri senza armadio e altri racconti (nuova edizione accresciuta)

©2012 Carmen Covito – Edizione d’Autrice

Primera edición digital, febrero de 2012 (Edición Kindle)

Propiedad literaria reservada

<http://www.carmencovito.com>

Prólogo a la edición española

Esqueletos sin armario y otros relatos es una colección de relatos breves, en la línea de la mejor tradición narrativa italiana. Desde el anónimo *Novellino*, precursor de Boccaccio, hasta los escritores actuales, en ninguna época han faltado ejemplos de narraciones en las que una escritura, rápida y concisa, encierra las claves de la aventura de contar.

Y no por ser de breve extensión, la lectura de estas siete historias de Carmen Covito que ahora presentamos en su edición española, es tarea sencilla. Todo lo contrario, estas construcciones textuales tan cuidadas son la prueba definitiva de la atención que un lector debe prestar en una actividad aparentemente despreocupada como la de tener un libro ante los ojos. Lectura y traducción se parecen. El ejercicio de traducir se identifica también con leer, con interpretar el texto, de manera más atenta, eso sí, que la apacible tarea de dejarse llevar por las páginas abiertas. En la traducción, el ejercicio comprometido de volcar contenido y continente en los moldes de una lengua nueva, significa analizar, reinterpretar, cuidar, rehacer esos detalles que resaltaban en silencio y que conscientemente hay que mostrar de nuevo en la reescritura. Y reescribir, traducir del italiano al español, no es tarea sencilla pues hay que vérselas con muchas trampas que las dos lenguas amigas nos tienden.

Las claves de lectura de *Esqueletos sin armario y otros relatos*, ironía, imaginación y surrealismo, llaves de oro para entrar en estas historias, aguantan esta minuciosa descripción de ambientes y personajes con referencias sociales y culturales nada sencillos de captar pues nos conducen por los caminos de la intertextualidad en la línea de la tradición en la que se inscriben los relatos. Tampoco es fácil la lengua que la escritora ha utilizado. Los juegos de palabras, la variedad de registros, el léxico -de los tecnicismos a las expresiones áulicas más coloreadas-, las connotaciones, hacen

de cada equivalencia entre el español y el italiano, un reto.

Por todo ello, traducir el texto de Carmen Covito, aunque sea breve, ha sido tarea complicada, pues hubo que verter un sistema lingüístico, semiótico y cultural completo en otra lengua y cultura distinta, muy distinta. Hemos intentado en todo momento rehacer una escritura respetuosa y digna de nuestro idioma atendiendo al mensaje, al sentido y al estilo original de su autora. Fidelidad sin alejarse de las palabras, pero yendo más allá, a otra lengua que reclama las mismas exigencias. En definitiva, hemos perseguido en todo momento, no traicionar el texto original sino traerlo en el mejor modo posible, al español a fin de que los lectores que no saben italiano puedan tener la oportunidad de conocer a Carmen Covito.

Así ha sido nuestra tarea.

Las traductoras: Beatrice Cenci, Marina D'Antonio, Melina Márquez y Teresa Gil
(Grupo de investigación UCM 940989 «Aplicaciones de las tecnologías de la información y la comunicación a la traducción», coordina Teresa Gil García)

Esqueletos sin armario

Serán veinte o treinta las cajas, amarillas, de plástico, de esas que se usan para la fruta y la verdura. Precisamente, los muertos tienen un color que va del blanco coliflor al marrón patata y tampoco ocupan mucho lugar. Espero no parecer decepcionada, pero es difícil hacer maravillas con estas julianas de verduras secas y deshidratadas. No se vería que son esqueletos, si dentro de cada una de las cajas no sobresaliese una calavera, resplandeciente como una berza violácea. El brillo, nos lo ha explicado el doctor Parker, depende del moderno tratamiento con resinas especiales, que conservan y protegen la fragilidad de estos restos. De todas las maneras, él mueve las cajas con cuidado, sujetándolas con las dos manos mientras las cambia de una pila a otra. Mimmo está mirando el esqueleto que está reconstruido sobre la mesa. Cuidadosamente, va examinando los huesos uno por uno, serio, como si le tuviera que poner una nota a la composición, aunque quizá solo esté repasando ese poco de Anatomía que se da en el instituto –a mi sobrino siempre le ha ido bien en la escuela-. El puzle blanquecino resalta en la mesa, y sin embargo, a mí me produce risa, pues a la calavera colocada allí, donde acaban las vértebras, parece que se le han salido los ojos de las órbitas, como si estuviera asustada de verse ante un cuerpo tan simple.

«Me recuerda los dibujos inanimados ¿no?, le susurro a Mimmo. «¿Les han pasado por encima una apisonadora...»

Mi sobrino no quiere que lo comprometan y me clava una mirada trágica. Tiene los ojos grandes, verdes con matices dorados, como el dorso de ciertos peces tropicales. A veces me pregunto qué tengo yo en común con este chico tan guapo; aunque tampoco yo a mis dieciséis años tenía sentido del humor, y después de todo, su madre, mi hermana, de joven tenía los mismos ojos marinos, la misma piel densa y

esa masa de rizos negros y tempestuosos. El doctor Parker es rubio, anguloso, muy anglosajón. Cuando en el tren que hace la circunvalación del Vesubio le sorprendí mirando a Mimmo fijamente, se puso a hurgar con prisa en la cazoleta de su pipa apagada.

«¡Ya está aquí!» dice y llega todo excitado con la caja amarilla que ha elegido de entre el resto, la apoya en la mesa, acaricia la nueva calavera plastificada y la levanta hasta la cabeza de Mimmo. Dice: «¡Fantástico!».

Yo ya lo había conocido en el tren. Este americano especialista en paleo-osteología es famoso. Su fotografía había aparecido en todos los periódicos un par de meses antes, cuando, a falta de nuevas pistas, se había vuelto a abrir el caso de Herculano. Bien mirado, es una historia preciosa. Tras casi dos siglos de excavaciones, se pensaba que los antiguos habitantes habían tenido el tiempo de salvarse todos de la erupción del Vesubio, abandonando así a la lengua de lava sus casas vacías, papiros, frescos y estatuas. Pero no era así. Habían aparecido juntos todos los esqueletos bajo la arcada del puerto y en la playa, con su ajuar de patéticos hatillos y restos de enseres. También se había encontrado un caballo. Ahora el doctor Parker, que tiene una beca de la fundación Rockefeller y una ayuda de investigación de no sé que otra universidad, prepara un libro sobre las enfermedades, epidémicas y endémicas, de la antigüedad. Piensa que también va a poder confirmar la hipótesis de ese otro audaz historiador que intenta relacionar la caída del imperio romano con un progresivo envenenamiento masivo. Las canalizaciones eran entonces de plomo, y uno de los síntomas más evidentes de intoxicación por esta sustancia es la pérdida de lucidez mental. Por tanto, la crisis del imperio en sus últimos tiempos habría ocurrido por el aumento de idiotas, mientras que los bárbaros, que tontos no eran ni siquiera entonces, bebían cerveza.

«¡Fantástico! Se te parece en todo», dice el americano a Mimmo. «Un metro y setenta y dos de altura, arcada superciliar poco acentuada, pómulos altos y nariz griega,

rasgos determinantes. Un joven que con toda seguridad hacía deporte, probablemente lanzamiento de disco. ¿Te das cuenta? » Coloca la calavera y coge dos huesos largos, explica que el húmero está sobredimensionado, leve, pero razonablemente. Mimmo le dice que él, en cambio, juega al tenis. Y yo me pregunto hasta qué punto es ingenuo de verdad. Alguna vez he tratado de averiguarlo, pero he tenido que pararme ante una barrera de opacidad, ficticia o quizá natural. Yo soy para él la tía soltera que mantiene conversaciones curiosas porque vive en el norte y cuando vuelve a Nápoles, de vacaciones, se comporta como un extraterrestre. A lo mejor se divierte conmigo. Le digo que tendría que dejar de llamarse Mimmo, y que su verdadero nombre, Domenico, no debe despreciarlo. Pero él esboza una sonrisa, se encoge de hombros y murmura un «pues muy bien, ¿y qué diferencia hay?», como si no fuera capaz de percibir lo empalagoso de ese diminutivo ridículo. Después añade: «Si me quieres llamar Domenico, a mí...» y vuelve a encogerse de hombros. Si le pido que me acompañe a dar una vuelta, de compras a Sorrento, al teatro, a la playa, él lo hace siempre. A lo mejor no tiene amigos; quizá no tenga novia, pero de esto no habla.

Es todo músculos y sin embargo a mí me da la impresión de que está hecho de una pasta blanda, preparada para ceder ante cualquier presión y para ser modelada sobre las expectativas de quien, saltuariamente, se interesa por él. Me irrita. Pienso que tendría necesidad de un rodrigón, como las plantas que no tienen tallo ni espina dorsal. Yo sí que sabría enderezarlo si no existiera entre nosotros esa lejanía que nos separa y a la que me arroja su mirada correosa, cada vez que intento darle un consejo. De su madre no tengo buen concepto. Dejó de trabajar cuando se casó y ahora es una atolondrada ama de casa que, de tanto probar guisos a fuego lento, ha llegado a los cien kilos. Mi cuñado, que es arquitecto y respeta las formas, la engaña con mucha discreción. Se conocieron en su estudio cuando ella, una recién diplomada en interiores, iniciaba a paso firme su carrera profesional. Da rabia verla así, parada, deshecha, feliz. Incluso me compadece. Con su marido no se puede hablar de nada: no está nunca. Así que, si he iniciado una conversación intrascendente con el doctor Parker y lo he obligado casi a invitarnos a bajar en su parada para venir a las

excavaciones y echar un vistazo al hallazgo arqueológico que, así decía él, era el prototipo de mi joven amigo o familiar –y por eso lo había impactado tanto, añadía-, no lo hice solo por mi curiosidad de examinar personalmente los restos de unos antepasados. Pensé que quizá fuera una buena ocasión de poner las cartas boca arriba, porque en el fondo no hay nada de malo en que un distinguido profesor se deje encandilar por la copia viviente de un antiguo romano. De cualquier manera, a Mimmo le viene bien que lo sacudan un poco.

Mientras tanto, voy a ver si me doy cuenta de si le gustan las mujeres o los hombres, porque estoy segura de que no me lo va a decir nunca. Y yo lo tengo que saber, si quiero programarle un futuro a mi manera. Pero ahora me siento incómoda. Pienso que revestir de carne viva un esqueleto usado es de pésimo gusto, como si fuera... eso, una tacañería de sentimientos. Este Parker me recuerda a esos automovilistas que en lugar de comprar ruedas nuevas se contentan con las recauchutadas.

«Muchas gracias, profesor, pero tenemos que irnos.» Mimmo, por esta vez, protesta. Y el doctor Parker parece tan mortificado y disgustado, que así de repente, me tengo que inventar un ataque de claustrofobia.

«Te espero fuera» le digo a mi sobrino. «No le hagas perder mucho tiempo al profesor.» «¡Por favor, señora! Es un placer», y el paleosteopatólogo me conduce con premura a la puerta, con su eritema de incomodidad que le tiñe de rojo las mejillas. Es simpático, sí. Y a mí, Herculano, me gusta. Estas excavaciones son menos visitadas que las de Pompeya. Me acuerdo de que, de niña, venía con frecuencia.

Aquí, de ciudad romana hay solo una tira. La retícula geométrica de cardo y decumano queda interrumpida contra la muralla amarilla que cae desde el borde de la ciudad moderna. Más de la mitad de los monumentos han sido sepultados irremediabilmente bajo toneladas de rocas volcánicas y de urbanismo informe. Mientras bajo por la rampa en espiral que me lleva hacia el estrato antiguo, me imagino que el horizonte se alce y liquide el pasado reciente. De joven, en mis sueños

de rabia, me colocaba allí a provocar al Vesubio: «una erupción, vamos, ¿qué te cuesta?» Y así yo podría ser la única superviviente, libre de toda la gente que odio, padre, madre, profesoras, tíos, políticos corruptos y camorristas. Pero la montaña nunca se me movió de su sitio. Normalmente bífida como el gorro del dux de Venecia, o como un zapato de mujer con el tacón hacia arriba, desde esta perspectiva se muestra perfectamente cónica. La falda tiene un color frío, entre el antracita y el glicinia.

Ahora atravieso la pasarela que salva el foso donde dos obreros excavan y sacan a la luz piezas antiguas, quizá alguna que otra percha para las fantasías prêt-à-porter del doctor Parker. Debo de tener ya los datos archivados porque sin darme cuenta me estoy dirigiendo hacia un punto preciso de la zona arqueológica. El altar de la palestra está como yo lo recordaba, intacto.

Había tenido la idea, creo, de aportar un poco de movimiento a las insulsas fotos de las excursiones escolares, inventándome escenarios improvisados. En aquella época yo ejercitaba un discreto ascendiente sobre mis compañeros de clase y me había sido fácil convencer a uno de los chicos para que escalara hasta el nicho y se colocara allá arriba posando como una divinidad, una cualquiera. En la foto que conservo en mi casa, es un dios sin cabeza, así que no recuerdo quién era el que representaba ese papel. Gianna y Nunzia, en cambio, se distinguen perfectamente. Imaginaban que estaban personificando a dos sacerdotisas o vestales, o algo parecido, y la foto, en cambio, revela justo lo que eran, dos ocas del Capitolio. Quién sabe lo que ha sido de ellas, a lo mejor, se dedican a la enseñanza. Los perdí de vista a todos cuando me trasladé al norte. Como autoridad que era, yo me había reservado la parte principal, la del sacerdote del sacrificio, y así finjo que empuño un cuchillo y me abalanzo sobre la superficie del altar con un gesto cruel, casi verdadero. La víctima era, claro está, mi amiga Ilde. En realidad, se llamaba Casilde, y culpaba a una abuela suya de que solo se había encargado de transmitir a sus descendientes el horrible nombre, sin ningún miramiento hacia ella, que lo sentía demasiado pesado para sus frágiles hombros. Era delgada, Ilde, menuda, bajita. Calzaba un treinta y cuatro, soñaba con zapatos de

tacón y se veía obligada a ponerse anodinos mocasines de niña. Yo, con cariño, la empequeñecía aún más y la llamaba, sencillamente, Dé. A mí me gustaba protegerla, pasarle un brazo por el cuello, aconsejarla, porque era muy tímida, insegura, no tomaba nunca partido por nada. Ocupaba muy poco lugar. Creo que en este caso le bastaría con un cuarto de caja amarilla.

No sé porque sigo viéndome en esa vieja foto. Ojear los estratos del pasado es un ejercicio incómodo. Camino hacia la próxima manzana, donde hay un edificio de dos plantas que se conserva estupendamente. La entrada la obstruye sentado un gordo que deja caer de su boca la oferta de acompañarme en un recorrido turístico especial -y algunas cosas graciosas- dice. Yo me imagino que alude a unos frescos eróticos y estoy a punto de recordarle que esa vuelta ya la habíamos dado veinticinco años atrás cuando estaba más que prohibido. Pero me doy cuenta a tiempo de que no se puede tratar del mismo tipo, porque este no es muy viejo. Es extraño, sin embargo, cómo se parecen. Yo, esa cara grosera no la he olvidado nunca. Será un hijo o un hermano, y quién sabe si la vulgaridad se hereda como los rasgos somáticos. Finjo que no lo he oído y sin saber muy bien qué hacer, me subo directamente al piso superior, donde se puede contemplar uno de las pocas casas populares de la época romana que nos han quedado. Son habitaciones microscópicas, con ventanucos que dan al patio, el techo muy bajo, y un espacio reducido donde apenas cabe una cama corta. A medida de Dé. Ella respetaba todas las prohibiciones, y se comportaba como una buena chica incluso a sus diecisiete años. Yo, que a decir verdad, era más descuidada, me divertía dando escándalo. Una vez, así, de broma, les cambié la traducción de inglés con un texto que había copiado de un periódico porno, que vaya usted a saber cómo lo había conseguido -ah, sí, era una hoja suelta, que algún pescadero distraído había usado para hacer el cucurucho de los boquerones-. Y aunque ella no entendía nada, no perdió tiempo en sorprenderse, sino que comenzó a traducir lo mejor que pudo. Todos los «miembro» se transformaban en «member». Tenía que haberme rendido a su candor, pero si me hubiera rendido ante todo lo que me causaba irritación o ternura, ahora no sería jefe de la sección comercial de la mayor empresa de piensos

industriales de Lombardía, estaría, en cambio recibiendo órdenes de cualquier empleaducho de segunda. Y nadie puede decir tampoco que mi carrera la inicié en una cama. Siempre he sido feína, y además, desde que me ocurrió aquello, no he querido nada con asuntos de sexo; pienso que es algo que hay que dejar hacer a los demás, porque estoy segura de que a ellos sí que les sienta bien. Dé parecía contenta cuando por fin la convencí, con un esfuerzo titánico, de que era una lástima perder un admirador pertinaz y enamorado como ese Enzo del cuarto año del módulo, que la perseguía y no se desanimaba por sus desplantes.

Yo, cuando el vigilante de las excavaciones me puso encima esas manos sudorosas y después... bueno, desde entonces me producen asco los hombres. Pero esto no significaba que las cosas fueran distintas en su caso. Enzo era bajito, como Dé, amable, comedido, delgado y sobre todo joven. Los veía muy bien juntos. Suponía que me estarían agradecidos. Y no es culpa mía si se metieron en un lío. El aborto entonces no era legal, pero si Dé hubiera tenido un poco de confianza en mí - cosa que yo creía que me merecía -, si hubiera venido a contarme su problema, yo hubiera sabido ayudarla. Por lo mismo acababa de pasar yo y tenía la dirección que necesitaba. Pero ella prefirió no decir nada y se bebió medio litro de lejía. La claustrofobia que me he inventado me parece que la voy a sufrir de verdad.

Tengo que salir de este nido de fantasmas de antaño. Y mirar hacia adelante, como siempre he hecho. Para Mimmo voy a organizar un futuro mejor. Si me escucha, en tres años tendrá acabado el bachillerato y podrá salir de este ambiente sofocante en que vive como un molusco. Creo que le voy a matricular en la Bocconi. Su padre tiene bastante dinero para mantenerlo, aunque si por casualidad no estuviera de acuerdo con este plan, a Mimmo lo voy a mantener yo. Tengo una habitación de invitados que está vacía. Aquí puede estar él, y si quiere puede traerse a su novia, o a su novio. A mí me basta con que me haga compañía. Ya está aquí, ha venido a buscarme. Mira a su alrededor con un aire como de perdido. Él a estas excavaciones no ha venido nunca antes, como suele ocurrir cuando se vive a dos pasos de un monumento famoso. Lo llamo, se estremece, y después me ve.

«Ah, tía. ¿Estás bien?»

«Sí, sí, ¿y tú? ¿La clase ha sido interesante?»

Mimmo parece más estirado, menos encorvado de lo normal, como si ahora tuviera efectivamente un esqueleto dentro. ¿Me va a contar si ha ocurrido algo entre él y Parker? Podría hacerlo, sabe ya de lo muy liberal que soy yo.

«Ah. Esas cosas son interesantes. No tenía ni idea. Incluso me han entrado ganas incluso de ponerme a estudiar medicina y no arquitectura como quiere mi padre. Así, luego podría especializarme también en cosas así.»

«¿Paleopatología?»

«Ah. Como trabajo está bien. Es como hacer, no sé, de detective en el tiempo. ¿Lo entiendes, no? Y además material de estudio hay para dar y tomar... John dice que en el futuro incluso podría ser una personalidad sin moverme de Nápoles.»

Yo me pongo a reír. Mimmo se ofende, creo, porque hace un gesto y camina lentamente con un pie tras otro sobre la línea recta que los carros trazaron en las losas de la calzada. No me río de él. Solo es que así, de repente, la vida me ha parecido chusca. El doctor Parker hace mi mismo juego, es una tía traicionera que da buenos consejos, como yo. Quiero saber hasta qué punto me han vencido.

«Muy buena idea» le digo a Mimmo, fingiendo que estoy contenta. «Podrías pedirle también que te dejara venir aquí a verle trabajar de vez en cuando. Así te das cuenta de las dificultades...»

«Ah, se lo dije enseguida» responde él mientras se da la vuelta. Por un instante, tengo la impresión de que en el fondo de sus ojos brilla una luz nueva, como de ironía. Pero a lo mejor es casualidad, quizá sea el reflejo del sol en las piedras. Ahora cae a pico, molesta y nos obliga a andar con la cabeza gacha, sin mirarnos a la cara.

(Trad. Teresa Gil García)

Cuerpos de baile

El claro del aparcamiento, salpicado de olivos, estaba ya medio vacío bajo una luna que brillaba de manera exagerada en el cielo. Demasiado tarde, ¿habrán vuelto ya a casa los demás?, ¿sin esperarla?, ¿sin acordarse de ella?; ¿y ahora? Serenella se tropezó con los tacones de aguja, se tambaleó, se sujetó justo a tiempo a la puerta de un coche blanco, pensó que era el destino: demasiado tarde para todo. Y había también un olor extraño, muy desagradable, un hedor como a whisky mezclado con gasolina. Algo se movió detrás de un árbol. En la penumbra le pareció ver la figura demacrada de Alexeij Sapuskal. Claro que sí, era justo él. Estaba agachado, parecía que estuviese mojando algo en la tierra por una botella que tenía en la mano. ¡Dios mío! Estaba completamente borracho, esa pobre estrella.

Delante de la estación de Spoleto, diecisiete horas antes, Serenella, esperando sentada sobre su maleta, había tenido sed durante mucho tiempo. Por teléfono, el huésped desconocido del conocido que debía hospedarla le había asegurado que no suponía ningún problema para él ir a buscarla. Pero aún no había llegado. Con reparo, volvió a mirar el reloj; sí, esperaba desde hacía ya media hora. Fíate. Después se dio cuenta del Mercedes rojo que empezaba a dar la segunda o tercera vuelta a la plaza. Se levantó de un salto, agitó una mano: ¡Ey! El coche frenó, el conductor –casi calvo, nariz aguileña y grandes bigotes sobre un bronceado con manchas marrones de vejez– abrió la puerta y la miró con una maravilla que ofendía. «Pero... camiseta verde, cierto, pero no me había dicho qué había dentro». Ella se pasó rápidamente la palma de la mano sudada por el pantalón y se la ofreció, sin que su sonrisa flaqueara ni un momento. Estaba acostumbrada. Entendía bien cómo de desilusionados se sentían los hombres al verla después de haber degustado su voz por teléfono. ¿Qué se podía hacer si le había tocado la paradoja de esa voz dulce y ronca, persuasiva,

femenina de tono muy suave, que prometía falsamente un cuerpo con cintura de avispa y con alas en los pies? Su realidad constaba de casi ochenta kilos de carne torpemente distribuida por una escasa altura e irremediabilmente plantada en la tierra. Esta vez, sin embargo, el estafado de turno disimulaba bien, o debía ser muy educado: le cogió la maleta y le mantuvo incluso la puerta abierta.

«Herbert ha ido a Roma, no me había dicho que esperaba a otra amiga...»

«¡Vaya!, amiga, amiga realmente no... Compañeros de trabajo. Yo soy la secretaria de Raffaele Negri, Agencia Italiana de Artistas Independientes...»

«¡Ah, claro! ¡La AIAI!»

Del bolsillo del Lacoste fue desenvainada al momento una tarjeta de visita y el hombre preguntó: «¿A quién lleváis vosotros?»

Avergonzada, Serenella giró entre los dedos la tarjetita escrita por los dos lados, una cara en inglés y la otra en turco (¡nada menos que el vicedirector del Teatro de Esmirna! Lástima no haber estudiado alguna lengua oriental además de las ocho que dominaba, todas las europeas más el ruso, pero, en cualquier caso, mejor no revelar que la AIAI estaba a punto de arruinarse por viejas deudas, y entonces, ni pensar en presentar nuevos artistas en el Festival) y explicó que, en efecto, ella había cogido solamente dos días para venir a ver algún ballet, nada de trabajo, y más porque Herbert era tan adorable de recordarle cada año que en casa había un montón de sitio para ella, que no había querido nunca abusar, esta vez aún sabiendo que es tacaño, no... (también esto, pensó, habría sido mejor no decirlo). Miró el paisaje. Colinas detrás del Motelagip, campos y tractores, un bonito bosque, después giraron en una estrecha calle excavada entre las viñas y en la nube de polvo arcillosa estaba la casa, con hiedra verde y ventanas rojas. El turco aparcó, bufó algo sobre llamadas urgentes y se desvaneció en la sombra del portal. En medio del jardincito una chica delgada, tumbada sobre una hamaca apenas curvada, levantaba con las dos manos a un elegante gato siamés, tono sobre tono con su túnica de jersey, seda pura. Serenella se sintió observada por una mirada fija que la juzgaba, fue pesada e inmediatamente absuelta.

«Hola. Soy Jeannette D’Alessi, la periodista».

«Encantada, Serenella Filesio. ¡Pero qué gato más bonito!»

«¿Verdad? Es de Alex».

«¿Alex?»

Serenella había pronunciado las dos sílabas con reverencia. Alex, no existía nadie más que él, Sapuskal, el Único, después de Nijinski. O quizá el Único sin comparación, dado que de Nijinski ya no quedaban nada más que vibraciones vacuas que se desvanecen en el blanco y negro de películas descoloridas. Alex era potencia y movimiento incluso en las fotografías.

«Claro que sí, querida, la solterona Alexina Sapuskaleva... Ayer estaba totalmente desesperado porque no encontraba a su mascota, histerismos y tragedia al más puro estilo del alma rusa, y todos dedicados a dar vueltas para buscar el dichoso gato, porque si no lo tiene, dice que esta noche no sube al escenario. ¿Y no lo he visto yo hace diez minutos que descansaba justo aquí? Parece claramente el suyo, y de todas maneras, esa es la raza... Se le parece incluso un poco, tiene los mofletes mongoles... ¡ayyyyyy! ¡Estúpida bestia! ¡Cógelo, cógelo! ¡Levántalo!»

Serenella lo mantuvo elevado mientras la periodista (¿famosa? No le venía a la cabeza...) quitaba con cuidado dos marcas de uñas de la cara tela de su vestido. Por la esbeltez del cuello y la inclinación de la espalda se diría que ella también había sido bailarina.

«¿Vendrías conmigo a llevárselo, cariño? Así después estás ya en el pueblo para esta noche, ¿no? Es un poco pronto, cierto, pero hay un montón de exposiciones para ver. Venga... me harías un gran favor sujetándome a la fiera mientras conduzco».

En la mente de Serenella se abrió de par en par un pequeño teatro iluminado: él que sonreía mirando a su mascota sobre el blando cojín de los brazos de ella, ¡justo ella! que, quizás, insinuando una respetuosa reverencia mientras se le acercase le arrancaría otra para ella con un bonito cumplido formulado en un ruso perfecto, algo así como: «Alex, yo siempre le he adora...», no, no, ¡por el amor de Dios!, demasiado banal. Hay que pensarlo bien.

«¡Claro! ¡Me doy una ducha rápida y vengo enseguida!»

«Ve, ve, pero no lo dejes escapar ¿vale?, ¡por favor!»

Imaginarse: el gato lo ha tenido ahí encerrado con ella en el lavabo, ahí mirándola con curiosidad mientras se daba un repaso con una toalla casi seca (solo un hilo de agua del grifo, ¡caray!, paciencia, quizás esta noche habrá) y se cambiaba muy rápido y metía una bola de camiseta, pantalón y ropa interior sudada en la maleta (es molesta la ausencia del dueño de la casa y no saber en qué habitación meterse. Bueno, mientras, en el pasillo la maleta no estorba), y fuera.

Un cuarto de hora después, depositada fuera del tres puertas de Jeannette con un «¿Está bien si te dejo aquí?» demasiado impaciente como para poder decir otra cosa que no sea «Sí», Serenella miraba cómo se alejaban coche, gato y sueño al otro lado del cartel de la prohibición de entrada a la ciudad. ¿Prohibición para quién? No para Jeannette, evidentemente. «Adiós querida y gracias» le había dicho nada más llegar a la subida del Teatro Romano, estirándose para abrir la puerta de su pasajera y, al mismo tiempo, acelerando el motor con golpecitos nerviosos de pedal y sonriendo en dirección al guardia municipal que se estaba acercando, «deja a la bestia encima del asiento, me encargo yo». Función de ‘vigilagatos’ terminada, despido sobre dos pies. Serenella había bajado. ¡Qué estúpida! Imaginar que esa quería realmente compartir con ella el mérito de haber encontrado la mascota. Y le había hecho olvidarse incluso de preguntar cuándo volvía Herbert. Nada Herbert, nada llaves de casa y, sobre todo, nada de invitación para la muestra de ballet. Él, que representaba a tres compañías de danza americanas, habría tenido seguro una para dársela, pero ¿y ahora? Ir a pedirlo en nombre de la AIAI, después de que Raffaele Negri el año anterior se había enredado a empujones con el Tercer Asistente del director artístico, ¿por culpa de un concertista que nunca llegó a Spoleto? ¿Comprárselo? Difícil, y por añadido también insólito; un entendido nunca compra una entrada. Suena descalificador. Casi inmoral. Indecisa, Serenella se encaminó bajo los plataneros tambaleándose de piedra en piedra con los tacones de las sandalias de la tarde.

«¡Una vela! ¡Una vela! ¡Serenellona!»

«¡Osvaldo!»

Había terminado casi en sus brazos y, de otro modo, con aquel vestido a rayas tipo una vela globo que se había puesto encima con prisas y furia arrancándolo a la buena de Dios de la maleta, nadie habría podido fingir no haberla divisada.

«Ay, Serenella mía, menos mal que al menos estás tú, ¡en este desierto de sentimientos! ¡Tengo una necesidad desgarradora de que me mimen!»

En el sector danza, Osvaldo era el mejor tour manager. Tenía a los bailarines vigilados como una madre ansiosa, se le podía confiar una tournée e irse de vacaciones sin preocupaciones. No es que lo conociera bien, aquellos encuentros así, de vez en cuando, siempre entre bastidores o en las oficinas de los teatros, en los estrenos. Pero, a pesar de la afectuosidad empalagosa de los saludos y de las quejas que Osvaldo dirigía a todos y a todas, a Serenella le parecía realmente simpático.

«¿Qué te ha pasado? Tienes ojeras divinas.»

«¿Qué me ha pasado? ¡Todo, todo! Monique se ha hecho daño en los ensayos, estiramiento del tendón, y llantos, y gritos... mira, yo a las bailarinas las mataría en cuanto cojean, como a los caballos, un golpe y se acabó. Y Marco, ¿qué crees que me ha dicho? Dice: Osvaldo, encuéntrame a cualquier precio algo para poner en el *Corsario*, ya que el pas-de-deux ha explotado, yo lo arreglo con las variaciones individuales. ¿Lo entiendes? Se había llevado la cinta de la música, por cualquier eventualidad, dice él... Y así, gracias a la eventualidad, esta noche el señorito no hace el porteur, pero ¿y qué?, hace esa maravilla de solo, todo virtuosismo y potencia, ¿lo tienes presente?, que los hará morir a todos. Porque bueno es. Nadie me quita de la cabeza que la broma a la tonta la ha organizado él. Se necesita muy poco para romper el ritmo o para acabar con un levantamiento con demasiada energía...»

A Osvaldo le gustaba que le dijeran perverso, así que Serenella le dijo: «Eres perverso».

«¿Quién, yo? ¡Pero si soy un trozo de pan!»

«¿No tendrás una entrada para esta noche?»

«¿Otra cara dura, eh?», pero se estaba ya hurgando en el bolsillo de los pantalones demasiado estrechos. Osvaldo no era realmente gordo, solo se había rendido después de haber pasado al otro lado de la barra fija (nunca hablaba de ello, pero mirando su hinchazón mórbida, disfrazada de camisas hawaianas chillonas, cualquiera habría podido ver a una remota leyenda de músculos saltones en leotardos). «Puedo darte una mísera segunda grada, pero quizá es mejor, desde lejos, los idiotas parecen menos idiotas. Ven que vamos a decirle que he encontrado el traje... Ah, míralo».

Estaban en el patio de una escuela que retumbaba con notas de pianoforte y de la puerta del gimnasio salía, con una bolsa a los hombros, Marco Brion.

«¿Os conocéis?»

«Puede» dijo el chico con su acento veneciano. La airosa levedad de los ricitos rubios y el pálido azul de las venas sobre la blancura de las sienes fueron contrarrestadas con un apretón de manos vigoroso.

«Falso botticelliano» pensó ella y dijo contenta: «Festival de Ballet de Nervi. Tú bailabas un Bournonville, y has estado fantástico».

«Bueno, sí, alguna vez estoy genial» dijo Brion, marchándose.

«¿Lo has oído? ¿Lo has oído?» disparó Osvaldo, «y después dicen que basta cualquier crítica positiva para que se le suba a la cabeza a los jóvenes. ¡Pero este es un tesoro en modestia!», después cogió a Serenella y le dijo al oído: «Hazme el favor, queda para comer con este tontainas, yo no puedo ocuparme de él...».

El bailarín se había parado a leer la carta de una trattoria con mesitas en la acera.

«Pero... ¿y qué le digo?»

«Serenellona, ¡no te lées! Le cuentas historietas, no sé, le dices qué guapo es y qué bien lo hace. Pero no me lo empaches, ¿vale?»

Corrió a decírselo a Brion, colocó la silla para Serenella, la estampó un beso en cada una de sus mejillas y se fue. ¿De qué se puede hablar con uno que ha pasado la mitad de su vida mirándose al espejo? Serenella hundió la nariz en el menú y cuando el camarero se le plantó cerca le indicó con el dedo aquí y allá sin reflexionar: pan tostado con trufas, strangozzi al tartufo, estofado de jabalí y una ensalada de oronjas

y trufas. Marco pidió media trucha a la plancha, verdura cocida y agua mineral sin gas en botella de cristal. Cuanto más lo miraba más le venía a la garganta una timidez cercana al pánico. Había líneas demasiado preciosas en su rostro, un exceso de músculos esculturales en su cuello, parecido a un cilindro y, después, el relieve de sus bíceps dentro de la manga era llamativo hasta hacer daño a la vista. También la mano que descansaba sobre el mantel le manifestaba un dibujo dolorosamente sentimental. Comieron en silencio. Cuando ella estaba aún con el estofado, Marco apagó con cuidado la colilla del segundo cigarro y se levantó, se estiró, sonrió con un relámpago de caninos marmóreos y dijo que iba a descansar porque a las cinco estaba el escenario libre y quería ensayar las diagonales. Menos mal.

A las ocho menos diez, finalmente los primeros smoking blancos y los primeros trajes de fiesta surgieron de los callejones y se dispersaron alrededor de las mesitas del bar en la plaza donde ella había consumido dos cafés y tres helados para tener ocupadas la silla y la tarde. A las ocho y cinco, se abrieron las entradas laterales del Teatro Romano y ella correteó por la cávea desierta para ocupar una buena posición en las gradas de piedra aún caliente. Se adormiló hasta que la despertaron los golpecitos de los zapatos de los demás espectadores detrás de ella. Se dio cuenta de que se había hecho de noche y el espectáculo comenzaba. La compañía española no le gustó, demasiados faralaes, poco nervio en los bailarines. Y, sin embargo, oyó un aplauso general: extraño, un público así no era propio de ese festival, más bien, de espectáculo dominguero al aire libre. Incompetentes. Pero era, de hecho, domingo. Una pareja francesa (jovencísimos, gran uso de punta, dos primeros premios del concurso de Losanna) bailó con precisión y frialdad la última parte del *Cascanueces*. Más tarde, tras una coreografía demasiado divertida de un nuevo grupo holandés (ningún aplauso), llegan los americanos de Herbert (típico de él: desenvueltos, cuidados por seguir la línea Balanchine pero irremediabilmente de segunda fila. Debía haberlos conseguido casi por nada, y quién sabe cuánto ganaba de más...). Y después, Marco Brion. Apenas el ojo azul de la luz desveló en el centro del escenario

su forma, el público contuvo la respiración. Había algo de autoritario en la inclinación de sus piernas en pantalones de oro y una tranquila arrogancia en los hombros desnudos y dorados. El primer movimiento arrancó un suspiro a la hilera de cabezas en la penumbra semicircular, después el silencio se hizo total. El bailarín estaba transformando el espacio de su alrededor en una red de energía palpitante: la música producía estelas radiantes al paso de sus tensos músculos. En el seno de la gente, Serenella miraba sin darse cuenta. Cuando estalló el aplauso, se recompuso. ¿Marco había estado tan bien? El teatro retumbaba por una ovación unánime y entusiasta, había incluso gente que se había puesto en pie. El bailarín se acercó al proscenio, colocó los pies en quinta posición y se inclinó a lo clásico, después, se puso recto, hizo una pausa y –ah, ¡la ramera!– había alargado los brazos hacia el público que ahora casi aullaba, a merced del entusiasmo. Serenella chocaba las manos al ritmo exacto de todos los demás, y mientras tanto vigilaba a los vecinos, preparándose para reforzar el aplauso si alguno de aquellos incompetentes de buena voluntad amenazaba con cansarse. Estaba orgullosa de él. Bravísimo. Lo conocía. Había incluso comido con él hoy. Su último golpe de palma contra palma enrojecida sonó fuerte por encima del zumbido de la gente que volvía a sentarse entre un crujir de programas de mano. Ahora tocaba a la Gran Gallina Vieja, con un joven compañero cualquiera, a hacerle hacer un buen caldo en la eterna *Giselle*: no se molestó en mirarlos con atención y estaría contenta si el aplauso para ellos fuese muy moderado. También el resto del público esperaba la exhibición de Alex. Entró primero un violonchelista en frac, después un violinista, después otro y otro y otro, cinco en total, una completa orquesta de cámara en vivo que se colocó y comenzó a afinar los instrumentos entre los susurros de las gradas. Las luces bajaron, y Serenella abrió la boca, entendía de música lo suficiente como para haber reconocido el primer movimiento de una suite de Lulli, una «allemande» lentísima. En leotardos oscuros con ajustador de terciopelo negro, Alexej Sapuskal comenzó a realizar con pasos minuciosos un solemne paseo en círculo. Acompañaba al bajo continuo de Lulli con amplios movimientos solo de los brazos, como si condujese la música a mano.

Ninguno de sus saltos más famosos, nada de grandes lanzados ni piruetas; los pies se anclaban firmemente a la tierra, recorriendo laberintos invisibles y complejos. Poco a poco, Serenella vio formarse sobre la escena, o en los ojos abiertos de par en par, una ilusión nítida de candelabros y espejos, un salón fantasma de la corte del Rey Sol. Entonces, era esto lo que Alex estaba haciendo; evocaba un baile ya muerto y sepultado, –como decían, estaría él dentro de poco–. Un aplauso solitario agujereó el sonido compacto de la orquesta como un fusil, fue un abucheo socarrón que hizo eco desde alguna parte de la oscuridad. Alex continuaba su ejercicio, impassible. Se oyó un silbido. Desde debajo del palco muchas cabezas se giraban para mirar la cávea ruidosa, después la música terminó. Alex estaba ya parado desde hacía un tiempo. Levantó la barbilla hacia los focos. Desde las primeras filas empezó un aplauso tranquilo, comedido, después cada vez más decidido y potente. Serenella vio a Alex agradecer al público con una rígida reverencia mientras empezaba a irse hacia atrás. Bien así. Vete enseguida, ahora, antes de... No. Volvía al proscenio, con la cabeza recta giraba alrededor un brazo en semicírculo, señalaba a la orquesta, alargaba sin razón el momento de gracia. Y el aplauso cambió. El público había tomado la delantera y lanzaban silbidos, insultos, algún irónico «bravo» mezclado con una bofetada de aplausos demasiado ruidosos. Sapuskal sonreía, haciendo reverencias, como si no entendiese, o como si voluntariamente ignorase la huída vergonzosa de sus defensores que, uno tras otro, habían dejado vacías las butacas de la primera fila de la platea. El desafío entre la sonrisa fija del bailarín –una calavera, ¡Dios mío! Parecía justo una calavera, en aquel corte del foco frío– y los gritos de los desilusionados –habrían querido ver cómo se levantaba en el aire como entonces. Pero el tiempo pasa– estaba durando demasiado, demasiado. Después alguien tuvo la idea de encender todas las luces. Había terminado. Serenella se quedó sentada esperando a que la gente desalojase. Se sonó la nariz varias veces antes de dirigirse también ella hacia la salida.

«¿Dónde te habías metido, bendita? Te están buscando todos».

Oswaldo. Bendito él, porque existe y porque no ha perdido nunca su tendencia a

exagerarlo todo.

«Herbert se ha ido ya, dice que te diga que os encontraréis en la fiesta».

«No tengo invitación» objetó Serenella, puntillosa, pero se dejó arrastrar con gusto hacia el utilitario metalizado.

«Oh, hola» dijo Jeannette desde la ventana. «¿Lo has pasado bien?»

«Pero aquí todos conocen a todos, ¡qué tristeza! Se pierde el gusto por las presentaciones. Ponte detrás tú, Serenellona».

En el asiento trasero estaba ya Marco Brion, con un rizo rubio de pelo mojado que se le salía del gorro de felpa.

«Pero no estamos todos» dijo Serenella. «Pobrecito, lo aplasto»

«Desde esta noche a este chaval no lo aplasta nadie. Ve, ve tranquila».

El bailarín rió nerviosamente y colocó las piernas a un lado. Serenella pensaba en el mejor modo de hacerle un cumplido.

«Has estado grande» dijo después de un rato.

«Ha arrancado la cola a las cometas» rectificó Jeannette mientras hacía chirriar y embalar el motor. Obvio que él se asomara hacia delante e, ignorando a Serenella, se concentrara en esa tontainas: «Gracias, sí, he estado bastante bien. ¿Para qué periódico escribes?»

«Oh, ya sabes, aquí y allá...»

Osvaldo se entrometió y comenzaron a hablar los tres de entrevistas. Cuando el coche torció saliendo de la autovía para meterse en una callejuela de campo, Serenella se resbaló por el asiento y sintió el contacto de un muslo que la hizo desear no haber nacido nunca. Se aferró al tirador, y se apartó todo lo que pudo.

«Para mí, se ha vuelto loco» estaba diciendo Jeannette.

«No, venga, a lo mejor creía que este festival estaba aún en los niveles de hace veinte años».

«Osvaldo, querido, eso es una maldad»

«Pero, ¿por qué? Solo soy objetivo. No se puede pretender que ciertas cosas sean para la masa»

«Y Marco, ¿entonces?»

«¿Qué tiene que ver? La calidad de Marco no se discute, pero la masa entiende los saltos de diez metros y tú se lo debes dar, quizá no de diez pero de nueve o de ocho, y si no estás ya en las condiciones de hacer ni siquiera de uno, mi querido Sapuskal, entonces te quedas en casita y te cuidas los achaques del siglo; y si no te apetece desaparecer haces de coreógrafo y ¡se acabó! Mira ahí, ¡los jabalíes! ¡Atropéllalos! El coche frenó. Un jabalí atravesó con tranquilidad la callejuela. Un poco más adelante, antorchas y velas señalaban la entrada a un parque privado. Jeannette aparcó en un claro salteado de olivos, casi lleno de otros coches y autobuses.

«No quedará nada de comer» presagió Osvaldo. En efecto, en el buffet la multitud se notaba, pero consiguieron hacerse con cuatro platos llenos y encontraron una mesa en la zona más baja del jardín, a pocos metros de la piscina. Los invitados de importancia estaban colocados en la parte alta, bien expuestos en las terrazas iluminadas a lo largo de la colina. Serenella vio bajar a Herbert con el vicerrector turco y dos chicas de cuello alto. Fue hasta él.

«¡Querida! ¿Conoces ya a Ibrahim? ¿Has tenido buen viaje? ¿Te importa si nos vemos más tarde? Tengo una pequeña reunión de negocios».

«Claro que no, no te preocupes» dijo Serenella. «Ya estoy en compañía»

Se quedó embobada observando cómo se alejaba hacia la villa que, había dicho Osvaldo, pertenecía a un patrocinador local, un fabricante de pan y colines. Mientras volvía, se cruzó con Marco que subía la colina junto a uno del festival, ah, sí, naturalmente: el jefe de relaciones públicas. Abajo, en su mesa, Jeannette hablaba con Osvaldo en una lengua desconocida, de sonidos musicales, Serenella se echó su tercer vaso de vino blanco y escuchó respetuosamente. En realidad, no hablaban, era como si estuvieran recitando algo conocido por los dos. De vez en cuando reían y decían «y esto, ¿lo recuerdas?» antes de volver a empezar.

De repente, entendía que jugaban a citar versos en griego antiguo. «Eso es demasiado, demasiado» pensó, y no se preocupó de contar los vasos. Hacia las dos, cuando Jeannette se levantó alisándose con cuidado la falda por los lados y anunció

que era la hora de librar a Marco de las garras de los VIP y Osvaldo la siguió imitando rugidos, Serenella se quedó sentada. Mucho tiempo. Sola. Erguida *ma non troppo*.

El claro del aparcamiento estaba medio vacío. Quizá Herbert se había ido ya, olvidando que debía esperarla. Y hay un olor extraño, como a whisky y gasolina. Detrás del árbol, la figura demacrada que se parece a la de Alexeij Sapuskal se queda encorvada, mojando algo en la tierra. Después en la mano le brilla una luz y lo que hay en la tierra se incendia. Alex se echa hacia atrás, cae pesadamente, se levanta apoyándose en los codos y se queda sonriendo medio tumbado mientras mira la danza del gato entre las llamas. El siamés se lanza a hacer piruetas y saltos endiablados con maullidos desgarradores como el grito de un violín, pero no escapa. Gira y gira. Ennegrece. Cuando se apaga en un montoncito silencioso, Alex levanta las manos y sin sonreír más golpea una sola vez las manos sonando seco en el aire. Serenella piensa que está desesperadamente borracho. Y no se ha dado cuenta que está siendo espiado. Ella siente en la garganta una piedad áspera, ácida, y mientras lucha con la respiración para no vomitar, le viene a la mente como un relámpago que quizá hay una meta, una razón, una finalidad providencial en todo. De otra manera, ¿por qué ha tenido que sufrir tanto por el drama de la discrepancia entre su voz y su aspecto? ¿Con qué lógica, pues, se había especializado justo en lengua rusa? ¿Y por qué se habrían olvidado de ella, abandonada en este aparcamiento desolado? Todo encaja, y Serenella se prepara para vivir la emoción más intensa de su vida. No podrá saberlo nunca nadie, pero habrá sido ella. Con la flauta mágica de su voz incorpórea y cirílica, va a salvar de la desesperación a Alexeij Sapuskal. Por precaución, se esconde mejor donde la sombra es más espesa, detrás del tronco más grande. Recitará en primer lugar ese bonito párrafo de Dostoevskij sobre la belleza. No lo recuerda. No pasa nada, dirá lo único que ahora le viene a la punta de la lengua, es un trozo de *Resurrección* de Tolstoj y no está segura de que consuele, pero en cualquier caso es una cosa literaria, irá bien. Y la voz se eleva dentro de la oscuridad, sinuosa, tortuosa,

y Serenella ve a Alex ponerse en pie con un potente chasquido de riñones como si hubiera recibido de repente un golpe de látigo, de knut. Le ha sorprendido, tocado. Ahora pasará a dulcificarlo, lo amansará con frases aduladoras, llenas de seducción musical. Para concentrarse mejor, cierra los ojos y contempla en sus recuerdos la imagen más gloriosa de él bailando, lleno de esplendor, fuerza y juventud como un sol que hace el *grand tour en l'air*. Lo describe. La voz traza alabanzas de glúteos diamantinos, de los amplios pectorales, de los muslos viriles y Serenella habla, habla y se escucha, llorando por la sublimidad de esa llamada anónima y gratuita a un dios que, no hay duda, está ya empezando a amarse a sí mismo. Habla hasta que una mano la agarra y la arranca con violencia del escondite. Alex mira a la mujer gorda que lo mira con la boca abierta. Da un paso atrás. Parece caer a la tierra, pero el brazo derecho ya está saliendo de un impulso y se proyecta hacia ella, la alcanza, la estampa en la cara un cuerpo de carbón reseco, y el gato muerto, silbando en el aire, ha iluminado la oscuridad con un arco brillante de destellos.

(Trad. Melina Márquez García-Lago)

Está prohibido hacer llorar a los bambúes

Era un muro de piedra negro-denso, vidriosa, opalescente, con esplendor de tinta, y no tenía ni principio ni fin. Él revoloteaba con gracia, embelesado por la ausencia de peso y por el sabor ligeramente ácido del aire. ¿Agua? No le parecía tener entre los labios ningún tubo. Se lanzó hacia la nervadura vertical que sobresalía del muro, se engancho, levantó una mano para compensar la disonancia que le molestaba, en la oreja izquierda, un concierto de sonidos de la profundidad. Intervalos de bastidores en progresión geométrica. Entonces vio la fila de pulsadores, incontables como los botones de una vestidura talar. Por casualidad tocó uno al azar. De la pared (mejor dicho, del agujero más cercano entre los millones de agujeros todos iguales que volvían de un negro un poco más negro el negro de la pared) salió de pronto un pez.

«¿Desea algo?»

Era un pez redondo, con los ojos como bolas y la cola ligera que se movía como un abanico flácido (se agitó con una de las aletas rojo-barniz, esperando).

«Buscaba al doctor Pez...» dijo él después de un rato, con pesadez.

«Aquí no hay ningún doctor Pez. Aquí vive el *abogado Pez*».

Riccardo Trevisan se levanta sonriendo, complacido por el frescor de los colores: encendidos y opuestos, sin matices. Se cuidó bien de no abrir los ojos antes de haber recapitulado con cuidado todo el sueño para quedárselo en la mente. ¿Dónde había pescado esas imágenes de dibujo animado? ¿Y esa sensación de total bienestar? En la memoria flotó la mano de Rosanna. Él debía tener cuatro-cinco años, ella llenaba con abundancia un traje de baño de punto poco escotado, a rayas, le enseñaba a nadar sosteniéndolo como a una bandeja, con una sola mano. Ahora hacemos el largo, no chilles, te sujeto. Había comenzado a alejarse de espaldas, moviendo rápidamente su única mano libre, derecha y segura como si estuviera siempre con los pies sobre el

fondo. Él repetía con fiado esa extravagante secuencia de brazo derecho, brazo izquierdo y golpe de pierna, después había visto cómo el agua se volvía verde-esmeralda y la sombra negra le pasaba por debajo, sobre un profundo escudo de piedras. Le había invadido un escalofrío, y la mano de Rosanna que le rozaba como un arrecife de algas el estómago se había quedado atrás, sobre el pequeño abultamiento del bañador.

«Pezqueñín» pensó perezosamente Trevisan. ¿Quién sabe qué había sido de Rosanna? Un muy lejano día de verano. Hizo una cuenta rápida: mil novecientos cinco, y ella tendría... ¿veinte años?, ¿quince? Si estuviera aún viva, una vieja. Ella también. «Pero yo no soy viejo. Los viejos duermen poco o no sueñan en color» se animó, decidido a no dejar que la conciencia de la mala fe le arruinara el día. Era verdad que había dormido bien, mucho tiempo. Mérito del tatami. Duro, elástico: calidades ideales para evitar falsas posturas de la columna vertebral. En su cama de casa había hecho meter una tabla debajo del colchón, pero no era lo mismo. Se secó un ojo. Quizás aquí entraba la cuestión de las diferencias de percepción del espacio, ya que de una cama occidental nos bajamos y, sin embargo, de un futón nos levantamos. ¿Soñarán también los japoneses que caen?

Abrió los ojos y se puso a observar despacio a la habitación de la posada. Se hace de día muy pronto en Japón. Luz suave sobre líneas rectas. La noche anterior, sabiendo que Arai-san se habría dado prisa por contar cada comentario a sus superiores, le había dicho que la habitación era «nítida formalmente como una de las sonatas de Scarlatti». Bufón. Cuando Arai-san bebía, enseguida se ponía rojo y empezaba a sonreír como un adolescente. Contarle bestialidades, a él que, sin embargo, a cada sorbo descendía hacia la maldad, era una tentación irresistible. Hablando en serio, era bonita: las ocho esteras dibujaban alrededor del acolchado una clara geometría, no amarillento-aceitoso como de costumbre sino verde pálido, decoloradas con una gradación de hierba. Renovadas hace poco. También el olor herbáceo, intenso. Trevisan se regodeó en el calor algodónoso de la autocomplacencia, las primeras veces que había tenido que venir a Japón no poseía aún la agudeza suficiente para

percatarse de detalles como este. Se dejaba sorprender todavía por evidencias ordinarias y demasiado superficiales. Sin embargo, seducido enseguida. Tanto como para perseguir cada ocasión de cualquier posible tournée. Ahora eran ellos quienes le suplicaban a él.

«No todos los malos vienen para hacer daño» pensó Trevisan. De vez en cuando se encontraba pensando así, con frases hechas, lo que le divertía. Se frotó maquinalmente la muñeca deformada para reactivar la circulación. Trágico incidente de coche, brillante carrera de un virtuoso del violín brutalmente truncada. ¡Qué coño! Ahora era mucho más conocido. Famoso. Acordarse de encender una barrita de incienso a la memoria de Walter, pobrecito. Si no hubiera sido por aquella cabezonería al proponerme colaboraciones con pequeñas orquestas de provincia, así, para llevar el ritmo, por intentarlo no se pierde nunca, ahora Riccardo Trevisan estaría aún contemplando su viejo Guarnieri del Jesús con la muerte en el corazón y una botella de pinot gris después de otra. Hacia el final, Walter se había dedicado a frecuentar unos cursos de budismo, en su pueblo de Corsico. Vete tú a saber qué se le pasa a una persona por la cabeza cuando un médico imbécil le dice que tiene cáncer. ¿Querría saberlo, yo? De todas formas, una barrita de incienso por uno no hace mal a nadie. Le había solucionado también el problema del nombre, las primeras veces con los japoneses era toda una *opera buffa*. «Me llamo Trevisan». Ceja como un acento circunflejo y bocas abiertas. «¿Trevi-san?». Risitas vergonzosas. Él no conseguía entenderlo, hasta que un alma buena no le explicó que el sufijo quiere decir algo así como «honorable señor» y que nadie soñaría nunca con usarlo para uno mismo. Acto de presunción: vergüenza y sorpresa. Perdonable solo a un extranjero: risitas. Después estaba siempre el gracioso que intentaba arreglarlo hurgando en su memoria y nombrando la Fontana. ¿Trevi-san? ¡Pero claro! Honorable Fontana di Trevi. Jajajaja. Si no le lanzaban encima monedas era solo por educación. Y cuando él, harto, conseguía finalmente que les entrara en la cabeza que no debían llamarlo Trevi-san, sino Trevisan-san, era aún peor. ¿Sàn-Sàn? Zàn-Zàn. Se convertía en el payaso de la compañía. Sànsarasànsàn-zànzàn. Todos a marcar el tempo con una

batuta imaginaria entre los dedos. Y ahí también él, por educación, a reírse de ese autobombo a sus espaldas. Trevisàn-bum-sàn. Ahora lo llamaban sencillamente Maestro. Y la batuta la tenía él.

«Adelante». La puerta se deslizó sobre las guías y una camarera se introdujo dentro con la bandeja humeante de vapor. A Trevisan le encantaba desayunar con el arroz y el té verde. Lo bueno de Japón es que te miman, ahora ella se pone ahí y se vuelve invisible, esperando a que le pida otra taza; la tetera cerca de las rodillas, al alcance de la mano. Había tres cubitos de tortilla, sopa clara de almejas, los típicos pepinos salados y una loncha de salmón rallada por los hierros de la parrilla, todo artísticamente colocado en platitos de cerámica antigua. Botellita en vidrio marrón con una gran C en un ángulo de la bandeja, como un puñetazo en el ojo; pero Trevisan había aprendido ya a ignorar las consecuencias estéticas del pragmatismo japonés y bebió el preparado vitamínico sin mirarlo.

Cuando Arai Noriyuki llegó a la posada, fue informado de que el Maestro había salido hacía media hora.

«¿Cómo? ¿Ha salido? Habíamos quedado a las ocho... Perdona, ¿está segura? ¿No estará, por casualidad, en el jardín?»

La dueña se arregló el mandil, comprensiva: «Las personas de una cierta edad son, generalmente, madrugadoras. Si he entendido bien lo que ha dicho, debe haber ido a visitar los templos».

Tenían que haberlo hecho juntos. Arai, preocupado, se quedó al lado de la pila de las carpas. Artistas, bizarros, caprichosos. Pero, ¿por qué ponerlo en la situación de no poder cumplir con sus deberes? Si pensaba irse a dar una vuelta por su cuenta, es inútil pedir expresamente ser acompañado. ¿Quizás había sido un acto de delicadeza? Ya que sabía que Kamakura era su ciudad y que, teniendo que hacer de guía, habría debido ausentarse de la oficina, ¿había imaginado, quizás, el Maestro que le hacía un favor? ¿Darle vacaciones? «Debe ser cansado ir y volver de Tokio todos los días». Sí, había dicho algo parecido. Embarazoso, se podía pensar que no estaba satisfecho con él. Reflexionar: en Kamakura hay doscientos templos, pero, si no había cogido un

taxi, el perímetro se restringía fácilmente. Al Grande Buda ya había ido en otro viaje y, después, es siempre lo primero que van a ver todos, sin excepción. El otro templo más cercano a la posada era el Hasedera. En efecto, lo encontró allí. Se había sentado cuesta arriba sobre una escalera empinada y jadeaba, con la barbilla apoyada sobre las manos cruzadas alrededor de la empuñadura del bastón, embutido en el traje de lino blanco. Pequeño. A pesar de la larga experiencia, Arai no podía evitar quedarse impresionado siempre con la diferencia entre un artista en el palco y un hombre fuera de la escena. La otra tarde en el podio tenía en la mano a toda la Nihon Phil y a tres mil personas. Gran éxito. No hay duda de que se merece la hospitalidad extra. ¿Es suficiente llevar un frac negro para parecer más alto?

«Buenos días, Maestro. Se ha levantado muy temprano».

Trevisan miró al japonés en mono de gimnasta y zuecos-chancas que estaba delante medio inclinado y no lo reconoció. ¡Pero si es Arai-san! Van siempre todos de traje, con esos grises y azules. Él, por lo menos, lleva buenas corbatas. No es sorprendente que cuando van a Italia vacíen todas las tiendas de Gucci— quién sabe por qué siempre ese. «No, soy malo» pensó Trevisan. Ahora han aprendido también a arreglárselas en la moda, como en todo. Pero es una lástima que no usen casi los trajes tradicionales, estarían mucho mejor. Más nobles. Debería hacerle un regalo: ¿un par de zapatos? A Ginza cuestan tres veces más que en la calle Spiga. ¿Cuánto cobrará de sueldo?

«¿Qué es eso, Arai-san?»

La mirada de Arai se deslizó a lo largo de la línea que trazaba el bastón lacado y se detuvo a acariciar el campo plagado de estatuillas. Le conmovía siempre: terraza tras terraza, fila tras fila, miles de minúsculas imágenes llenas de baberos, gorros, juguetitos, como cuadros de amor. Todos iguales, hechos en serie, aunque alguna se elevaba en una escala superior a las demás, como una flor regada más que las otras. No era, sin embargo, la diferencia de medida la que generaba ese extraño efecto de individualidad en la repetición. ¿Quizás la diferencia en la decoración? Muchas imágenes desnudas por el tiempo, otras vestidas con harapos descoloridos, otras, sin

embargo, resplandecían por los cuidados. Cada uno de los rostros, en su ausencia, parecía tener una expresión. Entre las olas del mar, ¿hay una sola que sea idéntica a otra?

«No conozco la palabra justa para definir las, Maestro. Cuando un niño muere antes de nacer, o poco después, las madres traen aquí una imagen para conseguir la intercesión de Bodhisattva Jizô. Creo que ex voto no es la definición exacta».

Concluyó la explicación con un encoger de hombros que Trevisan interpretó como un quedarse excluido de cualquier responsabilidad por la superstición de las mujeres.

«¿Todos abortos?» se asombró. Había visto ya en otra parte las curiosas estatuas con baberos, pero nunca tantas juntas. Era un exterminio. ¿Pedían intercesión para quién? ¿Por el alma del niño o por la propia?

«El templo es famoso. Las madres vienen de todas las partes de Japón...» fue la respuesta. Evasiva. Y siempre con ese aire de disculpa. Trevisan se inclinó sobre la primera fila de muñecos, con la cabeza redonda y las orejas colgantes. Una copia ilegítima de un original de época alta, aún en estilo Gandhara, hecha en serie. El retrato estereotípico de un viejo que se esfuerza por dar la impresión de una impasibilidad fuera del tiempo. El babero en torno al cuello era, icónicamente, el equivalente a un disparate. Blanco y rosa, a cuadros.

«¿No le parece que el conjunto provoca una cierta emoción?»

«Si le gusta lo macabro...» masculló Trevisan.

Subieron a la cima de la colina para divisar el panorama. En la bahía se movían oleajes de windsurf con colores vivaces y en el cielo, solemnes, se cruzaban grandes pájaros. Arai-san dijo que eran halcones, después señaló el punto donde la playa se acercaba hasta completar la media luna. «En esa casa se suicidó Kawabata, el escritor». Premio Nobel de la literatura, es verdad. ¿Qué es lo que he leído? Trevisan no consiguió acordarse, pero miró con interés en la dirección indicada. Estaba lejos. Para conseguir ver el palacete marrón de plantas escalonadas, con pretensiones de Costa Esmeralda, tuvo que hacer uso del catalejo turístico a monedas.

«Se diría que se ha matado para protestar contra la nueva arquitectura japonesa».

Arai-san se rió. «Podría ser. Las motivaciones del acto nunca han sido aclaradas. Al otro lado de la bahía está el monte Fuji, pero en esta estación, naturalmente, no se ve».

«Lo sé» dijo Trevisan. Es necesario venir en invierno. Con todos los viajes que había hecho a Japón, había conseguido vislumbrar la célebre montaña, sí y no, dos veces. La primera, de milagro; en el avión que lo llevaba a casa, la punta morada se le apareció de golpe sobre una manta de nubes, perfecta. Sin raíces.

«¿Usted cree en los fantasmas, Arai-san?»

«En Japón, tenemos muchas historias de espectros. Hubo un tiempo en que se pensaba que no había nada mejor que una buena historia de espectros para aliviar el calor durante las tardes de verano. Hoy son las películas de terror las que llevan a cabo esta función, creo».

Trevisan resopló. «No hablo de *esos* espectros. Hablaba de fantasmas, cosas que están y no están, como el monte Fuji. ¿Entiende? Cuando vemos una fotografía, no podemos jurar que a la imagen le corresponda de verdad una realidad. El monte Fuji es algo parecido; cuando no lo veo, no puedo jurar sobre su realidad. Arai-san, vosotros los japoneses tenéis una montaña sagrada de existencia dudosa». Que al fin y al cabo es el carácter normal de lo sagrado. «He dicho una bestialidad, y esta vez no ha sido intencional. Cuidado» pensó Trevisan.

«Perdóneme, no entiendo de filosofía. Pero, si puedo permitírmelo, Maestro, usted está hablando quizá también de la música».

«¿La música?»

Comenzaban a bajar por la lenta escalera y Arai-san golpeaba con los zuecos las piedras, gesticulando al mismo tiempo.

«La música existe, cierto, cuando usted está en el palco y dirige: existe para usted que la interpreta, para los músicos que la ejecutan, para el público que la escucha. Pero cuando el concierto ha terminado, ¿dónde existe la música? En la partitura, dirá usted. En su mente...».

«En los discos» dijo Trevisan, «preparada para ser evocada por cualquier deficiente

provisto de una instalación de alta fidelidad. ¿Y con esto? ¿Dónde quiere llegar? ¿Para defender la realidad de su monte Fuji quiere poner en discusión la realidad de mi música?

De nuevo con un aire de disculpa: «Oh, no, desde luego que no. No hacía más que reflexionar buscando desarrollar una comparación. No estaba seguro de haber entendido».

Bromeando, Trevisan le señaló con el bastón: «Cuidado, jovencito. Yo soy un viejo incrédulo, pero si me tocan la única certeza que me ha quedado no respondo de mis actos».

Esto aún no había terminado. Le dirigió una mirada canina, sumisa y continuó imperturbable: «Quizá podría encontrar otra comparación. ¿Se podría decir que la esencia del monte Fuji se parece a la esencia de los sueños?»

«Jajaja» rió Trevisan. «Y ahora usted invalida completamente su monte Fuji. Déjelo estar, déjelo estar. Y no me venga a hablar del Zen y del sonido de una sola mano, estas cosas me las sé y no me importan nada».

«Pensaba más bien en Shakespeare» dijo Arai, reservado, y le pasó por delante.

Se había ofendido. Maldita sea mi lengua, pero cuánto son de susceptibles los japoneses. ¿No habrá pensado que cuando fingía amenazarlo con el bastón lo hacía de verdad? Molesto. Será desde que tenía trece años que no me confieso y no pienso empezar ahora. O ¿quizás es porque he sacado el tema del Zen? Viejo asqueroso. Vió la espalda cubierta de felpa azul desaparecer detrás del pilar macizo de la puerta monumental y se dió prisa. Madera antigua, grisácea, con complicadas tallas de dragones y motivos florales, probablemente aún la original de los siglos XIII-XIV.

Al maestro Trevisan le hubiera gustado ser pintor y, de hecho, pintaba como aficionado. Con una exposición personal había recibido alguna que otra crítica, pero después no hizo nada más. Gran sentido del color, ritmo compositivo interesante («lenguaje de crítico musical» había pensado él), pero, por desgracia, carente de técnica. Se consolaba con la reputación de buen entendedor de arte. El hecho es que ellos no se toman nunca la molestia de explicarte qué es lo que les molesta de tu

comportamiento. Este no se ha ofendido ahora, había algo antes que ya no iba bien. Pretendían que uno lo adivinase por su cuenta. Perdóname, padre, porque he pecado socialmente. Padre, ¿quién? ¿Este cuarentón de jogging que se me ha acoplado sin motivo? Tengo mi mapa en inglés y podría visitar por mi cuenta Kamakura, no es grande como Tokio. ¡Oh Dios mío! Ahora todo tiene sentido.

Trevisan se había dado cuenta que había olvidado la cita de las ocho, y se preocupó. Acordarse de una tal Rosanna de hace sesenta años y olvidarse de las cosas establecidas justo ayer es una cierta señal de senilidad. El catalejo empieza a funcionar del revés. Pobre de mí. Se pasó el bastón a la otra mano, después se lo metió bajo el brazo, pero le molestaba, y volvió a cogerlo por la empuñadura. No es que tuviera necesidad de llevar encima este estorbo. Era una costumbre. Un adorno. Le gustaba el brillo constante del barniz, el negro profundo y la alusión invertida a la batuta blanca de los conciertos. Tenía toda una colección. Este provenía de Hong-Kong, finales del siglo XIX: la empuñadura era una tortuga, esculpida en un bloque pequeño de jadeíta, nada de piedras preciosas, pero agradable al sentir en la palma de la mano el grato frescor de la piedra. En la plaza, Arai-san estaba llamando a un taxi. Trevisan estaba ya muy deprimido y pidió perdón con una cortesía tan insistente que resultó embarazoso para los dos. Acordaron seguir el programa establecido con anterioridad, es decir, ese que tenía en mente Arai. Durante todo el día, pasaron de un templo budista a otro, con el taxi que los esperaba con paciencia al final de las escaleras y de las empinadas sendas; y, sin que fuera necesario ningún acuerdo previo, no se habló más ni de música ni de realidad. Trevisan, obediente, subía a todas partes, admiraba, preguntaba, escuchaba, fijaba su atención en tenebrosas pagodas buscando destellos de oro sobre esculturas con muchos brazos, se asombraba con los árboles milenarios y degustaba tazas espumosas de té en polvo. Fue él quien pidió dejar el shintoísmo para otro día. En el siglo doce, Kamakura había sido la sede del primer gobierno militar de Japón y sus colinas en semicírculo se habían cubierto de conventos, de tumbas y capillas. Toda esa abundancia de bellezas que atravesaba sin necesidad de una voluntad diferente a la muscular –respaldada por descansos

breves y frecuentes— empezó a confundirlo. Se imaginaba un único y monstruoso conglomerado de portales y techos curvos, estanques de carpas, helechos goteantes de humedad, juegos de sombras y campanas, hortensias y grutas. Terminó por centrarse en las nimiedades: ¿por qué todos los baños de la secta Rinzai estaban así de sucios? La suciedad, tan rara en Japón y, por tanto, necesariamente artificial, ¿estaba cargada de valores simbólicos? ¿Pulvis et mierda sumus? En un jardín (era más bien un bosque de bambú, pero tan sutilmente ordenado que por los puntos de perspectiva había que caminar entre largas cuerdas amarillas tensadas a lo largo de un camino minucioso, en círculos) se sintió atraído por la seta (un cartel de madera fresada) que surgía a la base de un tronco gigantesco. Se inclinó y leyó. Se ruega a los visitantes que no provoquen daños a las plantas. Entre un nudo y otro, el tronco de bambú era todo un bordado de graffitis: fechas, nombres, ideogramas, todos realizados recientemente. También aquí, por tanto, «se resiste a todo excepto a las tentaciones». Habría querido llamar la atención de Arai-san y citarle el aforismo, pero se contuvo. A la salida compró souvenirs.

«¿Quiere ir al hotel a descansar?»

Rendirse ahora quería decir rendirse para siempre. Trevisan se enderezó en el asiento del taxi —conductor a la derecha; cada vez que gira tengo la impresión de que va en dirección contraria, no me acostumbraré nunca— y protestó: «No, no, no estoy para nada cansado».

Arai dudaba. Al final, encontró el valor para decirlo. Si el Maestro quería, él le habría propuesto pasar la tarde en familia compartiendo un poco la cena, cosas de todos los días, por el amor de Dios, que no se esperara nada especial. Naturalmente, se trataba de ceremonias. La mujer habría estado todo el día en la cocina, y quién sabe con qué angustia. Rechazarlo habría sido realmente una maldad. «¡Será un placer!» dijo Trevisan.

La mujer de Arai-san era una mujer esbelta, con un cuello largo y con esos pechos pequeños que perforan los vestidos: cuarentona vivaz, una bonita sonrisa y la

reverencia formal pero elástica. El Maestro se quitó los zapatos y fue llevado a una habitación abierta en el jardín, pequeña, un poco atestada de libros y baratijas. Televisión en el *tokonoma*: o no tienen espacio, o bien se desentienden de las tradiciones. En el jardín había un perro de raza incierta atado entre intentos de bonsái malogrados y todo un conjunto de flores selváticas, les falta el tiempo para ocuparse. Mientras esperaban el té, le vi coger un frasco e ir a esparcir pellizcos de algo sobre ciertos recipientes con una bonita forma, colocados aquí y allá en desorden entre la hierba, como bordes de pozo en miniatura. Trevisan se asomó a la vereda y vio aparecer el hocico en forma de beso de un pez rojo por encima del agua llena de algas.

«Parte de mi hobby» se disculpó Arai. «Sepa que con el mar justo a la vuelta de la esquina, uno termina apasionándose. Se vuelve maníaco».

«¿De los peces?»

Sonrisita autoirónica y humilde: «Sí, en cuanto tengo un poco de tiempo voy corriendo a coger la barca, y me voy. También esta mañana, antes de ir con usted. Mi mujer dice que estoy completamente loco por levantarme así de pronto, pero el alba es el mejor momento para pescar».

¡Adiós! Ahora me contará el tamaño y el peso de todos los ejemplares que ha capturado en los últimos veinte años. Sin embargo, Arai volvió a colocar la tapa del frasco de pienso y entró en casa. Trevisan se sintió moralmente obligado a reavivar la conversación.

«¿Coge muchos?»

«Tengo una humilde colección de *gyôtaku*».

Sobre la cara de Arai-san había aparecido la sonrisa infantil de la euforia. Se dio cuenta enseguida de que Trevisan no sabía de qué estaba hablando, y se dio prisa por extraer de una estantería de la librería una carpeta plana, rectangular. Se la abrió delante. Trevisan vio un mero, exquisitamente dibujado sobre papel de arroz con trazos de tinta negra y gradaciones. Se sobresaltó, inclinándose sobre la hoja. Había oído hablar de esa extraña técnica japonesa, pero no había podido aún observar de

cerca un original. Entonces, era eso. Se coge el pez y se lo embadurna con tinta, después se le pega el papel humedecido, más o menos como en un proceso tipográfico. Pez impreso, esto era el *gyôtaku*. Pero le impactó. No se podía dudar lo más mínimo que ese mero era un mero, es más, sin lugar a dudas, el desafortunado ejemplar de mero que había tenido el destino de picar el anzuelo de Arai-san (había una fecha junto a los ideogramas que cubrían un ángulo de la hoja), pero en el proceso de reproducción algo había sucedido, y se había movido un escalón la realidad. «Esto es arte» pensó Trevisan. Y enseguida: «Entonces, ¿qué es el arte? Podría dedicarme a estampar peces», al diablo con los pinceles y los colores. Examinó al máximo las hojas de la carpeta, una a una. Cuando la mujer de Arai entró de nuevo para poner la mesa, encontró que la mesa baja de brezo desaparecía bajo un mar de fantasmas de sargos, toninas, dentones y doradas. Enseñó el plato que llevaba en la mano y se dirigió al marido con una frase rápida, sonriendo; en el plato había una composición de lonchas de pez crudo. Arai despejó la mesa, enrojeciendo.

«¿Qué decía la señora?»

«Nada... Decía que, si no está atenta, un día u otro haré un *gyôtaku* también con ella. Y que no le gusta la idea de encontrarse toda llena de tinta».

«Ah... por favor, diga a la señora que merecería la pena. Es sin duda su presa más bella».

Arai tradujo el patoso cumplido y siguió toda una pantomima de negativas y contra cumplidos. Sin embargo, Trevisan no estaba demasiado convencido. ¿Por qué la mujer había enseñado el plato? Él, después, se había puesto muy rojo y se había tomado tiempo antes de traducirle la frase. ¿Algo sobre la realidad? ¿Aún el fantasma del monte Fuji?

«¿Le gusta de verdad al Maestro el pescado crudo?» preguntó la mujer en inglés, insegura: «Mi marido dice que... pero si no le gusta...»

Trevisan declaró que adoraba el pescado crudo. Por otra parte, era verdad. La mujer desapareció de nuevo en la cocina. Arai-san se había puesto delante un plato de verduras y picoteaba despacio, bebiendo de un vaso muy amplio una mezcla de

alcohol de arroz y agua caliente. No tocó el plato principal.

«¿Y usted? ¿Por qué no come?»

Sobre la cara cuadrada volvió el aire de disculpa. Haciéndose un lío, Arai explicó que ese era el producto de su pesca matutina, y que él no comía el pez que pescaba. Trevisan encontró esto divertido.

«¿En serio? ¿Es una forma de totemismo? ¿Tiene miedo de sentirse caníbal?»

«No. Sí. No sé. Quizás. El hecho es que se pesca siempre para los demás».

«Interesante. Esto me recuerda a un amigo mío, un organizador de conciertos, como usted. Decía que su trabajo era de dar música a los demás, y que no tenía necesidad alguna de consumirla él. De hecho, creo que la música no le gustaba; en casa tenía solo un disco y no lo escuchaba nunca. Sin embargo, estaba siempre más que informado, un auténtico profesional. No he entendido nunca cómo lo hacía». Walter. He olvidado la barrita de incienso.

«¿Usted tiene la impresión de haber sido pescado?» preguntó Arai-san, con un estupor tan original que, si no era un efecto secundario del alcohol, demostraba una gran capacidad para la mentira.

Trevisan, por su parte, había bebido ya dos tercios: «Vamos, vamos, no haga el idiota».

Se sabía muy bien lo que había ganado la agencia, descontados los gastos. Él, si le daban una buena orquesta y la ocasión de ir a Japón, no pedía casi nada de caché. Y ellos se aprovechaban.

La vuelta de los hijos salvó la situación: el chico, una copia idéntica de Arai-san con los pelos de punta y el uniforme del colegio, saludó bruscamente y encontró pronto refugio dentro de la casa. Sin embargo, la chica se arrodilló con compostura devolviendo la fascinada atención del Maestro. Dieciséis años, estupenda. Trevisan se sentía vacío por dentro, debajo del diafragma; esperó, inclinado, como un instrumentista atento a la primera vibración de la cuerda. Después tuvo que inspirar, y el espejo se hizo añicos. Miriam tenía esa misma edad cuando la había conocido. El mismo porte de caña dulce, dócil y esbelta. También la mirada, si no hubiera sido por

la plica mongólica...

«Yo voy siempre a sus conciertos» murmuró la chica. Se ahogaba un poco, silabeando las palabras extranjeras con un ansia graciosa. El Maestro se enterneció. El ojo le lloraba: ¿dónde había dejado el pañuelo?

«Podría...»

La chica titubeaba. Se giró hacia el padre y suplicó en silencio, erguida. Arai-san hizo un grave gesto de consentimiento.

«¿Podría tener un autógrafo?»

Aquí está. ¿Qué diablos se había esperado? Mientras la muchacha hojeaba el álbum para presentarle una página inmaculada, vio las firmas de Carreras, Bernstein, Pollini y Ozawa.

«Estoy en buena compañía».

«¡Ah, pero es usted mi preferido, Maestro Trevi!»

Sàn-sàn. Zàn-zàn. Viejo trastornado. Trevisàn-bum-sàn y *arrivederciroma*. Por venganza, firmó así: Riccardo Trevi, y transformó su firma típica en un especie de garabato. Con Anitona que se nos baña y Mastroianni que mira: es eso lo que saben de Italia. Todos locos por el Neorrealismo, pero a Fellini llegan. Debía esconder el enfado y señaló otro álbum, que se había resbalado de la estantería mientras la chica colocaba el suyo.

«¿Qué es? ¿Qué es? ¿Fotografías? ¿Puedo verlas?»

Así supo que, antes de entrar en la agencia musical, Arai Noriyuki había sido corresponsal de guerra para un importante periódico japonés. El álbum estaba lleno de sus fotografías en Vietnam. Del brazo con guerrilleros armados con Kalashnikov. En un jeep. En una charla con un jefe político. En la jungla. En uniforme militar. Apenas un poco más joven, apenas un poco más igual que el hijo. ¿Quién sabe por qué después había cambiado de profesión? Poco delicado preguntar; no se vio capaz. En una de las fotografías estaba la mujer de Arai en pantalones y, detrás, un fondo lleno de arrozales, con la niña colgada a la espalda, muy asiática, bella, de portada del Time-Life. Debía decidirse a llamar a Miriam. Quizás mañana. En realidad no tenía

ninguna gana, pero había una cosa que debía hacer. Hacía ya un mes que no le decía ni siquiera ese «hola cómo estás» que tanto le gustaba, desde hacía tanto tiempo.

Lo acompañaron al hotel con el coche de la familia, conducido por la mujer porque Arai-san había bebido y no podía: controles muy rigurosos en la autovía, sistema de carné de conducir por puntos.

«Lo sé» dijo Trevisan. Era el más feo de sus defectos, ese no querer dejar pasar por alto el decir que sabía algo, cuando lo sabía. Pedante. Y la constatación de sus carencias era lo que más le empujaba a enfurecerse.

«No puedo conducir» dijo. «Ya sabe, los ojos. Falta de estereoscopia. Altera el sentido de la distancia».

No hubo ninguna reacción, quizá Arai-san no lo había entendido, o estaba muy borracho. En cualquier caso, no tradujo. Mejor así.

«Buenas noches y gracias por la magnífica velada»

Se intercambiaron reverencias delante de la puerta de la posada. Mientras hacía la maniobra para girar el coche, Akiko golpeó con el codo el costado derecho del marido.

«¿Tú crees que se habrá aburrido?»

«¿Eh? No sé, creo que no. Es culto, lleno de curiosidad».

«Yo lo encuentro fascinante» dijo Akiko. «¡Es realmente un viejo encantador!»

Arai sonrió para sí, entendiendo el tono. El cansancio del día y el alcohol se fundían en un calor relajante, placentero. Se prestó al juego. «Ah, cierto... solo es necesario ser extranjeros y famosos para hacer que la cabeza de las mujeres dé vueltas»

«Estúpido. A mí me ha parecido un verdadero caballero. Cuéntame, ¿está casado?»

«¿Cómo? ¿No sabes nada? Creía habértelo dicho».

Akiko conducía lentamente, atenta. Dándose cuenta del cambio, se giró, y la luz le marcó el perfil, un punto de sombra se excavó en su mejilla.

«¿El qué?»

«La mujer tocaba con él en un cuarteto de arcos. Había sido su alumna. Muy graciosa y joven, he visto fotografías de la época. Estaban de viaje juntos cuando ocurrió el

accidente de coche –esto seguro que te lo he contado– y ella salió disparada a través del parabrisas. Completamente paralizada desde entonces. La espina dorsal, creo».

«Pero es horrible», dijo Akiko después de un breve silencio. «No me lo habías dicho. ¿Conducía él?»

«Creo que sí. Claro que no se habrá dado cuenta en el momento; él también acabó mal. La muñeca es lo de menos, aunque ha sido esto lo que le ha obligado a dejar el violín. ¿No te has dado cuenta de que tiene un ojo de cristal?»

«¿Eh? ¿Cuál? No se nota para nada... Pero, espera, ahora que lo dices, sí, tiene una manera de mirar un poco extraña. Y le llora a menudo el ojo derecho».

«No, es el izquierdo. En Tokio he tenido que acompañarlo a un especialista porque se quejaba del dolor, y resulta que la vieja prótesis le hace presión sobre el nervio óptico, por lo que se irrita el ojo bueno. Corría el riesgo de perder también ese, pero ahora le están preparando una prótesis hecha con materiales modernos. Debería estar lista para el lunes».

Akiko tuvo un escalofrío. Arai le acarició la nuca con dos dedos, debajo del pelo. No debía contártelo. Akiko era tan impresionable.

«Oh, pobre Nori-chan», dijo ella usando el diminutivo típico de la comprensión.

«Ahora te hacen ser también enfermera. Y hoy has estado todo el día por ahí».

«Me gusta este trabajo, lo sabes. Y sabes también el porqué» protestó Arai. Pero se sentía confortado.

Habían llegado ya a casa. El coche aparcó bajo el pequeño cobertizo y Akiko apagó el motor.

«El lado humano» recitó, con cierta ternura burlona: «colabora para resolver los problemas entre bastidores, de manera que, cuando se abre el telón, al público no le llegue nada más que la imagen de la belleza perfecta. Apuesto a que también has tenido que conseguirle una mujer».

Arai rió sin hacer ruido, para no despertar a los chicos: « No la pidió».

Entraron en casa de la mano y susurrando. A él le pareció volver atrás en el tiempo.

«¿Nos damos un baño?» le propuso Akiko. «El agua está caliente».

En la gran bañera empotrada de la posada, Trevisan estaba mirándose el cuerpo, una silueta diagonal confusa hasta el extremo. Piel arrugada con manchas de color crustáceo pálido. ¿Quién sabe qué final habrá tenido Rosanna? Se frotó distraídamente el ojo, y vio dibujarse en los fosfenos a la hija de Arai-san, desnuda y llena de tinta. Le puso encima una sábana blanda de papel blanco. Restregó. Levantó por una esquina, y aquí está, tenía delante un gran plano fantasma blanco-negro. Dos dimensiones debían bastarle. La vejez como proceso de reducción, y él había sustituido ya el tiempo por la profundidad; anular la tercera dimensión era solo un paso por hacer, pequeño. Inventarse un lenguado de amor. Se rascó entre las piernas. Blando. Por un momento, se imaginó como un paguro salido por completo del caparazón de otro. Roban lo que encuentran. El nombre vulgar es Riccardo el Eremita. No, *Bernardo*. Extrañas criaturas, en el mar había tantas, y de pequeño me divertía sacándolos de la concha. Al mismo tiempo que envejecen, los paguros engordan y deben buscar una concha nueva, más amplia; el momento peligroso es cuando hacen el cambio. Están expuestos con toda la debilidad de sus vientres flácidos.

De repente, le vino a la cabeza el argumento del libro que había leído, ese del escritor suicida premio Nobel. Hablaba de una casa especializada en hacer feliz a los hombres viejos: las chicas dormían toda la noche bajo el efecto de potentes somníferos. Bien jugada, sutil. No humillar al amor propio. Una se había quedado, una dosis demasiado fuerte. ¿Miriam? A veces lo habían pensado. Después él ponía un disco, en general, su más reciente grabación con una gran orquesta. Nunca de esos de cuando era violinista solista. Se pasaba hacia delante. Ahora ponerse a soñar con muchachas, a su edad... También los fantasmas deberían tener su dignidad. No señor, no terminaré como esos vejstorios de Kawabata. Mañana, como primera cosa, llamar.

El paguro Riccardo sale de esa agua demasiado caliente y se va a dormir. Mañana lo espera otra jornada en compañía de Arai, padre. Se pregunta, antes de quedarse

dormido, qué regalo hacerle para corresponderle de alguna manera. Arai-san es realmente una persona con una cortesía exquisita. No le parece que lo haga por obligación.

Durmió, y soñó con un acuario. Rebosaba de muchas y grandes tortugas marinas. Él miraba desde fuera, de pie al lado del cristal, el agolparse de los dorsos llenos de algas, con relieves hexagonales. Bestias solemnes, lentas y sabias. En el agua se movían con armonía. Una, enorme, centenaria, remó hacia el cristal, alargó el cuello rugoso y se paró suspendida, como si estuviera mirándole justo a él (en el sueño, Trevisan, por su parte, arrimó la cara al cristal y, por un momento, se vio reflejado. Después, el cristal se volvió transparente, agrandando el tranquilo hocico de la tortuga). Faltaba algo, o quizá había algo de más. Se dio cuenta de repente que el ojo del animal estaba cubierto por un escudo córneo, como si la piel escamosa de la cabeza hubiera crecido de manera anómala. No veía. Invasión por una ardiente piedad hacia esa vieja tortuga, giró la cabeza, y entonces apareció otra. Más pequeña. Estaba dando golpecitos con el hocico a la tortuga grande, que a cada golpe reaccionaba ligeramente, sacudiendo el cuello de un lado a otro, quizás molesta. Le pareció entender: el animal más joven intentaba ayudar de alguna manera, arrancando con la boca la piel muerta. Se hace lo mismo con la costra que cubre una herida ya en proceso de cura. Ansioso por ver, Trevisan cambió el enfoque. El ojo izquierdo de la tortuga era una bola blanca, dañada. Filamentos de sangre ondeaban en el agua en torno al hocico del animal joven, que ya estaba volviendo al ataque, y mordía.

(Trad. Melina Márquez García-Lago)

Milán Poesía

Las mujeres, dejamos todas el bolso en la cabecera de la camilla; por el contrario, ese chico con el pelo rizado que de vez en cuando se incorpora con el codo y me enseña la espalda, lo que tiene ahí apoyado es un sobre de vinilo que parece contener agua turbia en la que flota algo alargado, como un gusano amarillento.

«Usted se dará cuenta, lo que podemos hacer lo hacemos, pero en su caso sería más una molestia que una ventaja», le están diciendo la pareja de médicos, hombre y mujer, de pie a su lado. «Si se tratara de un pulgar, entonces sí, todo tendría otro sentido. Esos siempre volvemos a coserlos.» El chico contesta algo en voz baja y luego se ríe con una gran carcajada. Los dos dan la vuelta a su camilla y la empujan por el pasillo. Transita a mi lado y por primera vez puedo verle la cara: es un veinteañero, con una bonita sonrisa y los ojos fijos en una mano izquierda con cuatro dedos tiesos y naranjas, que se sobresalen del vendaje como un ramo de salchichas. ¿Por qué se reirá tanto?

La chica de la trenza rubia y yo llevamos más de tres horas, ya casi tres horas y media, aparcadas en serie en nuestras camillas entre las paredes de la sala de radiología y el quirófano ocupado. Durante la pausa de las doce, a la hora de fregar el suelo del pasillo, una banda de enfermeros nos ha quitado de en medio empujándonos hasta aquí dentro; y mientras uno refunfuñaba y engrasaba el brazo de una maquina de sierras y ganchos, el otro se ha sentado encima de una camilla metálica y se ha puesto a fumar.

«Usted, ahí, que es periodista, escríbalo», había gruñido el tercero, «escriba en el periódico que al Clínico los carteles de prohibición sirven sólo como decoración. Y luego nos toca a nosotros respirar la mierda, ¡vaya escándalos!»

Yo, que con la baba de abstinencia estaba sopesando la posibilidad de «si lo hacen

ellos, quizá yo....», me reprimí enseguida y solo me atreví a pronunciar un vago murmullo de simpatía hacia el enfermero réprobo, e indisciplinado, que resoplaba volutas de color cadmio y contraatacaba con un « marporculo...».

«Pero que...tengo que ir al servicio, ¡llevo aquí desde esta mañana!» gritó la chica rubia, y uno de ellos, rápido:

«Tú, llévale una cuna.» Y ella, incorporándose en la camilla, «Oh, ¿os parezco un hombre?» y todos a mearse de la risa, incluida ella; pero, luego, la escoltaron casi obsequiosos hasta la sección femenina, los tres. A mí nunca me ha resultado fácil adecuarme a este espíritu de cuerpo hospitalario, me encierro en el mutismo, me confundo en pudores embarazosos. Perdida en mis ensoñaciones, trago las vísceras que los demás me sueltan alrededor y no me desentraño, no expelo nada, absorbo todo y no sigo el juego. Lo mismo que esta mañana con el joven radiólogo que, emanando energía y desenvoltura fuera de lugar, me puso de pie y de perfil contra un aparatito, levantándose el mentón en una postura dolorosa de cisne casi muerto, para luego refugiarse en su bunker anti radiaciones, gritando alegre:

«Alto ahí, quieta, no se mueva, no respire y un momentito antes de desmayarse avísame, así la recojo en brazos. ¿Se encuentra bien?» Con los labios tensos, le he lanzado contra un «Nunca he estado mejor», que, en absoluto, le pegó al cristal como habría querido y, sin embargo, desaprobó con un «No no» y un chasquido de lengua, parecido al que hacemos a los gatos. De hecho, tuve la sensación de que estuviera a punto de añadir algo, quizás un «¡Niña mala!»

Quién sabe qué habría tenido que decir para que marcaran punto, una o dos partículas de todo el odio acumulado por su culpa, cuando me dejó demasiado tiempo en el otro aparato, tumbada a contemplar en el espejo de un objetivo ciego mi máscara que gritaba en silencio desde el agujero de la boca. «Así, un poco más, ¡Por favor, no te muevas!» y yo, inmóvil bajo un péndulo de acero que se balanceaba encima de mí, esperaba encantada la siguiente vuelta de la imagen reflejada. Era una mueca trágica, pero de una tragedia algo estereotipada y antigua que me parecía raro que pudiera ser mía.

Lo mismo me había pasado mientras esperaba abajo en urgencias: había una mancha oscura justo en el medio del respaldo de la butaca frente a mí, en plástico estampado, y me parecía que se agitaba, ampliándose en una forma oblonga cuando movía los ojos. Quise mirar. El movimiento de la ameba resultaba igual dentro de cada una de las cuatro butacas amarantos: las manchas se movían en sincronía, de cuatro globos negros brotaban, arriba y abajo, dos formas simétricas, dos perlas de una palidez desteñida. Y, en cierto momento, me di cuenta de que era yo. Por cualquier extravagante efecto refractante, el casquete de mi pelo negro se duplicaba en el centro de cada uno de los respaldos, derramándose alrededor de un diámetro focal que me tragaba. Si me levantaba ligeramente con el busto, me podía ver aflorar en la luz a grados, primero la frente, luego las gafas, la nariz, el mentón, el cuello, y estaba por encima de la raya pero a la vez boca abajo: un naipe vestido, una reina de juegos sin sentido. Para arriba, y el teatrillo catóptrico se abría con un abanico en mi cintura; para abajo, y la esfera resplandeciente de mi pelo me encerraba dentro de un agujero negro que podía reducir a mi antojo en un puntito tendente al cero absoluto.

Solo la llegada del enfermero que iba a llevarme a la segunda división de traumatología me sacó del asombro de esa lucha con la nada. Y encima tuvo que tocarme el radiólogo jugueteón que me obligó a estar con la boca abierta delante de mi imagen.

El problema, escuchaba desde el cristal del búnker, estaba en la dificultad de enfocar el diente del epistrófeo. Bonito nombre, la verdad, musical, misterioso, cautivador; y agarrándome a ese diente que no sabía tener, salí del estasis. Pero como no entendía si tenía que entonar un epinicio o un epicedio, pregunté seca:

«¿Qué es un epistrófeo?»

«Ay, ay, usted quiere saber demasiado.»

«Dígamelo.»

«Es la segunda vértebra cervical.»

«Ah.»

Nada de griego, pues, un hueso del cuello, ni siquiera roto, sólo un poco dañado. No

había materia para una auténtica tragedia. En la leyenda milanesa acerca de las malélicas hazañas del Innombrable, que fuentes de las más variadas me rumorearon en años pasados, no hay muerto alguno. Hasta ahora, por lo menos. Por el contrario, accidentes de tráfico sí, en cadena, con coches destruidos y pronósticos variables entre los tres días y los tres meses; lo que le ha dado una robusta fama de aguafiestas, aunque nadie dice creérselo.

Llevaba un año, casi un año y medio sin verle, y la otra noche, mientras me zampaba un bocadillo de jamón para llegar a tiempo al encuentro de lecturas poéticas, me lo encontré ahí, que entraba en el bar en frente de la Rotonda a pedir una ficha que no había, y me acordé de sus historias. «Vaya, no es posible», pensé y acto seguido, «¿Qué hago? ¿Le saludo o no?». Le saludé.

«¿Usted también aquí por Milán Poesía?»

Me dijo, «¿Yo? No, he dejado la poesía.» Antes de fugarse con sus largas piernas de saltamontes decrepito, me cogió de nuevo la mano, apretándola por segunda vez con una calidez embarazosa. ¿No me habrá reconocido? Improbable. No puede haber olvidado ya aquel congreso por el lago, donde yo estaba de moderadora de un debate que se había alargado mucho más del horario establecido para la comida; y mientras él iba por la decimotercera hoja de su discurso, dijo «Y ahora podría citar dos o tres padres de la Iglesia...», a lo que le contesté con un , «dos, profesor, dos, que se nos echa la noche encima.» Me gustó mucho la carcajada del público; y puesto que siempre he considerado veintitrés puñaladas como un precio razonable por un *tu quoque* pronunciado en su momento, estaba lista para sufrir la venganza. En cambio, el profesor aceptó esa conclusión con un gesto deportivo y yo dejé de pensar en lo sucedido. Desde luego, qué raro encontrarle, a él, y justo ahora que sentía en el aire como una vibración de puesta de sol inminente.

Había sido un día nervioso. Primero tuve que estar esperando en vano a los obreros que habían tenido que colocar el cableado del teléfono de mi nueva futura casa, un pisito de balcón corrido comprado este año en el Ticinense y aún medio por reestructurar. Precavida, me llevé conmigo muchos periódicos y un libro, pero no leí

nada, al contrario, me quedé con los ojos perdidos en las acrobacias de los gatos entre las tejas ahuecadas en el tejado del depósito entre el patio y el jardín del otro edificio. Suben trepando por el canalón, dan brincos con un elegante arco de todo el cuerpo, después cruzan las tejas y, si no paran a estirarse al sol de septiembre, se los ve hacer piruetas por las hojas de la higuera. Y luego uno se pregunta si esta es Milán. Pero más tarde, mientras salía mirando el reloj para perseguir el tranvía número quince, cambiar en calle De Amicis para la Estación Norte (la cita con la agencia XY en calle Boccaccio era a las cinco, son las cinco menos diez, ¿Llegaré? Sí, hecho.), y bajar corriendo del metro (en calle Rovello la oficina de prensa del Piccolo me espera a las seis, podría ir andando pero no quiero permitirme un retraso) y luego apresurarse hacia la calle Torino para volver a coger el tranvía que lleva fuera del mundillo claustral de los Navigli (las siete menos cinco), uno concluye que sí, Milán es esta.

Había dejado el coche en el Ticinese, considerando que antes de comer algo apetitoso en un buen restaurante, habría sido agradable ducharse en el baño todavía sucio de cal pero lleno de luz, agua y de todo. Por el contrario, sólo tuve el poco tiempo para retocarme el pintalabios, ponerme los pendientes, juntar los periódicos y meter la marcha hacia un solo bocadillo algo rancio en el bar de en frente a la Rotonda. Allí dentro, mi amiga de relaciones públicas, rubia y chispeante, que me había conmovido con su larga llamada solicitando mi presencia y un artículo mío, como si le importara de verdad, estaba en plena actividad detrás de una mesita con catálogos y folletos. Abrazos, besos en la mejilla, intercambio de informaciones sobre las respectivas situaciones amorosas, comentarios recíprocos, cumplidos mutuos y una carpeta de material de prensa toda para mí. Iban a asistir unos poetas del Magreb, lo que me sugería la presencia de un antiguo compañero de intelectualismos escolares, perdido por años y vuelto a reaparecer en mayo tal y como antes, pero arabizado y milanizado. Mientras tanto, se podía contemplar el bonito porche y hundir los tacones en la alfombra de hierba cortada volviendo a mirar la arquitectura nítida de la Rotonda. Me preguntaba qué había sido en un tiempo aquella pura academia de formas geométricas, ¿Una capilla? ¿Un caravasar? Seguía meditando

sobre mi falta de conocimiento, que tendría que remendar para no volver a sentirme un don nadie, y envidiaba a los grupitos de caras, ajena a todos como de costumbre y como siempre a disgusto.

Más tarde, el comienzo de las lecturas me asignó la tarea de oyente autorizada. Los primeros dos poetas eran para matarlos y entre dedicatorias a muertos bien muertos desconocidos y versos lacrimosos, espontáneamente el ambiente se había vuelto funéreo. Miraba por ahí y por allá para comprobar si mi esperado compañero llegaba, levantaba la nariz para ver los arcos del cimborio, deglutía el tedio, hasta que le tocó a Sanguineti y por fin el asunto empezó a ir por el camino correcto. Inesperadamente, el intervalo se me echó encima. Cuando tengo que separarme de la silla que me ofrece refugio en fiestas, conferencias, congresos e inauguraciones, me convierto en un alma en pena que pasa entre los intersticios de la multitud y que huye de las sospechas de mendigar una señal de atención, grata, sin embargo, al que me ofrece una palabra, una mirada, un micrófono. La otra noche no me pasó. Recorrí el porche, midiendo el tiempo mientras contaba los ventanales y en uno los tentáculos verdes de una hiedra trepadora en el muro exterior se deslizaban dentro, entrando entre la pared y el cristal. De repente me imaginé una secuencia de crecimiento rápido, una explosión de cuerpos vegetales que asaltaban piedras, rompían los cristales y destruían a los lectores, a los oyentes, el puesto de libro de Feltrinelli, el palco para los intérpretes y las esculturas de Arnaldo Pomodoro, hasta que todo no se confundiera en un magma jugoso y sangriento. Luego me arrepentí de un tal impetuoso anhelo de vida, y proyecté hacía atrás mi atroz película. Todo en orden, ninguna sospecha. ¿Por qué iban casi todos de negro?

Habría podido irme a Brescia, a mi casa. El programa informaba de los siguientes bailes letristas, poesía visiva, y cosas de género alfabético que sin muchos esfuerzos podía haber transcrito de los papeles del material de prensa; pero, ya por escrúpulo o por inercia, me quedé. Había afinidades húmedas entre mi languidez y ese aire nocturno de comienzos de otoño, cuando la soledad se convierte en un jersey templado, confortante, ligero, para llevar en los hombros. El sudor se había mezclado

con la frescura de la camisa de seda casi nueva, podía reírme de mi misma: ahí estaba, con pintalabios y pocos tacones, falda de todos los días y medias de rejilla, un collarcito de frivolidad y una bolsa grande de practicidad, una mujer chapuceada, y más o menos realizada. Necesitaba algo que atenuara esa sensación de vacío en el estómago, ¿un nudo?, ¿una copa de vino blanco espumoso? No, el vino no, tenía que conducir hasta Brescia. Comí dos porciones de tarta que sabía a sal, luego, paseando por el porche, me acerqué a ver qué pasaba más allá del bar. Quién sabe por qué, pero dentro me quedaba un hilo de espera, la extraña sensación de que algo iba a pasar, en serio. Desde el palco surgía sólo un concierto para voces recitativas en griego antiguo, trompeta, ordenador, clavicémbalos y bailarinas de negro polvoriento. El público parecía centrado en absorber humores linfáticos del césped. Cuando vi la última fila de cabezas empezar a hincharse, me dije, «Es hora. Yo, las ganas de poesías no las entiendo; ya es bastante difícil soportar la prosa.» Y a veces tengo la impresión de que mi vida esté mal escrita, con una sintaxis complicada y con una gramática dudosa, sin ritmo.

«¿Qué intervenciones médicas ha sufrido?», me pregunta una voz a quemarropa detrás de la nuca. No consigo darme la vuelta, pero se mueve él hacia adelante. Lleva una bata de médico y tiene una cara centroeuropea: pelo rojo de cepillo, mandíbula cuadrangular, una bonita fosa en medio del mentón. Lleva en la mano un bolígrafo y una carpeta clínica; por fin alguien se ocupará de mí, y quizás la espera en este pasillo haya terminado.

«Hace seis años, no, siete, una histerectomía total por fibroma», declamo, «con conservación de los anexos», intentando dar una ojeada a los resultados de las radiografías mientras él toma nota apoyándose en la camilla. ¿Guardarán en algún lugar mis fichas de entonces? Me contesto que no, sin duda alguna. Estos Hospitales Clínicos son enormes, si no fuera así estarían sumergidos por papeles. Además creo que cada división es un universo cerrado que no quiere y no puede saber nada de los universos de al lado (no es una casualidad que el ala nueva se llame el Satélite), así

que me parece obvio que aquí cada historial clínico tiene que volver a empezar siempre por la génesis. Estoy segura de que ese trocito de mí, tan diabólicamente satisfecha de haber perdido (los niños no me gustan, y punto) ya no está: enterrado, quemado, tirado a la basura. Y me vale, porque sí que había empleado toda mi vida para crearme aquel fibroma, y estaba en el ápice de mi carrera de monstruo imaginario, pero tampoco entonces llegué a creer que un resto mío fuera digno de una forma cualquiera de inmortalidad en alcohol o en formol. Ya no existen los museos teratológicos según Lombroso, y, por suerte, aun no se han creado colecciones de maravillas de psicósomática. Al revés, me pregunto adónde habrán ido los adenoideos y las amígdalas, éstas nunca me habían molestado, las vería de buena gana, digo que hasta podría reconocerlas. Además, me las quitaron a traición.

«Paciencia, un poco más. ¿Le duele?», pregunta el médico, hojeando a contraluz unas cuantas radiografías.

«Esas me las hicieron abajo, en urgencias, esta mañana sobre las siete, luego están las del diente del epistrófeo y las pruebas dinámicas» preciso yo, con meticulosidad tensa. Sí, me duele, pero dentro del dolor obtuso de la nuca se está abriendo camino algo más, como una transfijión abstracta. Me llama la atención este médico jovenzuelo, con un marcado acento extranjero, gutural, seguramente alemán, y me gustaría decirle en confidencia que de mi cuerpo, la única parte que lamentaría perder es la cabeza.

Entre el hemisferio derecho y el izquierdo del cerebro, la otra noche, me saltaba una alarma, un cosquilleo de inquietud. Esperaba algo, me sorprendió encontrar el coche en su sitio fuera de la Rotonda, aparcado en curva en el paso de cebra, nadie lo había robado, ni quitado. Por lo tanto, de vuelta, conducía atentamente, burlándome de mi irracionalidad supersticiosa, sin condenarme a la imprudencia. El indicador de gasolina tendía al cero, aún quedaba para las doce, y habría preferido ir por la nacional padana superior pero no tenía elección, tomé la comarcal y paré para llenar el depósito antes de dirigirme a la autopista. Control de agua y aceite, gracias, y no, no necesitaba cambiar el filtro del aire o las escobillas, perdón: por las noches los

empleados de las gasolineras te miman, pero mi antiguo Alfasud revisado hace menos de una semana me había quitado casi medio millón en mecánico y cien mil liras en reparación de taller. Resistí a todas las adulaciones. Mientras la esponja limpiacristales golpeaba gratuitamente el parabrisas, el mojigato de mi motor ronroneaba beato. Y ¡alá!, que nos íbamos, él y yo, hacia la Serenísima desierta.

Me gusta conducir cuando estoy sola: dentro de la cáscara del habitáculo puedo enroscarme a mi gusto, responsable solo por mi misma y por las mónadas de carreteras que me circulan al lado, en paralelo. Tengo que respetarlas, dejando un margen constante de distancia: el problema es no encontrarse nunca, evitar el *clinamen*, seguir como átomos sanos y salvos, separados hasta la salida. No es un problema pues, es una liberación. Finalmente el alivio total de cada uno de los antiguos miedos de no saber ir hacia los demás; sin embargo, dominé todas mis ganas de dar rienda suelta al motor y lanzarme por la carretera. La noche iba por sí sola. Le di al acelerador hasta quedarme en los cien-ciento diez en el carril central, cantando a media voz una canción cualquiera. Muy a menudo me toca volver sola a las tantas de la noche, tras espectáculos o manifestaciones y para quedarme despierta y distraída he cogido la costumbre de gorjear, sin pudor alguno, todas las melodías napolitanas, de las más clásicas y más odiadas, hasta intentar a veces la ópera. Desafino. La otra noche no estaba de humor para reírme sarcásticamente, me bastaba con una banda sonora de base que se entone con mi melancolía.

Cuatro camiones en fila a mi derecha, un coche adelantándome de manera regular por la izquierda y luego la oscuridad tranquila, aterciopelada. Un ritmo de palabras diferentes brotaba como una claridad difundida, discontinua, ¿Qué ritmo era? «Oscuridad, bonita oscuridad...» Ah, sí, como oleadas de memorias involuntarias, estaba citando un fragmento entrañable del escritor que más estimo. Oscuridad, bonita oscuridad, bonitas des, «...bonita lluvia, los instantes se deslizan de un lado a otros del parabrisas, y hasta este asunto de vivir...» ¿Cómo seguía? Ninguna esperanza de lluvia: todo estaba seco, algo eléctrico, incluso la última gota de esa humedad de césped se había evaporado, en la boca una sequedad quieta, un crujir

como de granos de arena entre los dientes. «Y hasta este asunto de vivir, una poesía sin atributos, la poesía sin por qué.» Ahí va, eso es. Adecuado. Necesario. Estuve enamorada, y de mi penetré tanto y por mucho tiempo en él que quizá después de todos estos años iba a ser normal ponerme a excavar trincheras, levantar barreras y cerrar mis alambres de púas para defender la actitud adoptada. Era normal que tras la embriaguez del estar juntos sentía refluir esa acidez de arrepentimientos y rencores, nostalgias de heridas en las que rebuscar, algo de celos, una ansiedad de vuelta imposible al limbo de la pareja. Me espera en casa, es como si en casa no estuviera nadie. Entonces, ya está. Me traslado. Tengo mi trabajo, y luego me quedan los momentos que llenan las grietas del corazón como granos. Hasta ese sabor a arena se irá. Llevaba ya mucho tiempo tumbada en mi cálido hogar, un ataúd de matrimonio, acolchado, agradable y quise abrir la tapa desde dentro, saltando fuera. En el desgarró, se deslizó la estaca y salieron escasas gotas de sangre, algún lamento; y ahora aquí estoy, vampiresa más que despierta pero inapetente, que se pregunta de qué tendría que tener sed. Sí, bonita oscuridad, bonita noche, sin ganas, sin ningún deseo de volver a traspasarme.

Al fin y al cabo, estar solo a solas no es peor que estar solo en pareja, y dándole al mechero, cogí del asiento derecho mi paquete de tabaco que, previamente, había dejado ya a mano: sin desviar la mirada de la carretera, ya tenía un cigarro entre los labios lista para encenderlo. Soy así, preveo todo, me organizo, determino mis derrotas para luego soportarlas mejor. Y llegó el bofetón, de repente.

Cada vez que cierro los ojos, la pesadilla vuelve a empezar por el mismo punto: la sensación de una mano inmensa que me encaja una patada en el trasero, cordial pero enérgica. «Pues de verdad trae mala suerte», pienso, y veo al Innombrable envuelto por una aureola de potencia maligna. «No, es ridículo», y eso que mi coche va solo, despega encabritándose, una rotura del espacio me separa del volante, se levanta hacia la izquierda, yo me quedo atrás, me deslizo hacia la derecha más abajo, miro un horizonte oblicuo de plástico que vomita mapas de carreteras y antiguos recibos, un volumen de *Donna Moderna* que aún no he leído, un destornillador, un codo de la

chaqueta que se apoya en mi bolso gris, un tubo de papel humeante con la punta de brasa entre dos dedos elegantes. Si Dios existiera, ¿cogería el gusto por encarnarse en un historiador, larguirucho, de perilla y bigotes? No me lo creo, no me lo creía, sin embargo, ahora estoy aquí, en este instante que se alarga demasiado, y me toca morir, y no me da la gana, no ahora, no de esta manera, no en esta posición cretina, mundana. Y me tumbo aun más cómoda, porque no hay nada más que se pueda hacer: el último cigarro ya lo tengo y me dejo arrastrar por esta ola hacia el escollo donde, lo sé, se va a estrellar todo. ¿Cómo será el impacto? Traspasaré la placa del coche volando, o mi cuerpo convertirá en polvo el cristal o, si esto tiene que ser más lento, más lacerante, aplastada entre el motor y los dos asientos, me reduciré a un denso limo de huesos, metal, carne, cristal, sangre. Tengo que esperar, espero, ya está, un golpe, un relámpago de memoria en el estómago, como en los coches de choque de pequeña, y el movimiento se desliza hacia la derecha, desde abajo sube una fuerza que me empuja y me endereza, veo la carretera que corre en diagonal: el coche sigue sobre las cuatro ruedas y está cortando los tres carriles directo hacia la oscuridad, más allá de la línea amarilla. «Mira... quizás aun se puede controlar.», pienso distraída, «justo para probar», basta con coger el volante que ahí está sin nada que hacer, darle un poco la vuelta, no demasiado brusca, superar la primera línea blanca y avanzar hacia la segunda, que está llegando. Mejor no mirar en el retrovisor, mejor no encajar la cabeza en los hombros preparándose para un impacto, si detrás viene un camión articulado, mejor no saberlo y superar también esta segunda línea, que tampoco parece tan ortogonal. Ahora una ligera curva dulce pero algo más resuelta, ahí está la línea amarilla paralela a la derecha que se mueve paralela a la izquierda. Estoy pasando justo entre los dos bordes del carril de emergencia, el coche sobresalta, se oye un crujir convulso de chapas, el volante vibra; ahora solo hay que tenerla recta y recolocar los pies para encontrar el freno, ese, en el centro, acariciarlo, ¡cuidado!, no pegar un frenazo, un derrape sería demasiado tonto a estas alturas. Ya esta, se ha parado. En el depósito hay cincuenta litros de gasolina listos para estallar, y una parte de mi mente empieza frenética a mandarme las instrucciones: «Apaga el coche, apaga

de una vez el cigarrillo que aun llevas en la mano y que sigue encendido con la ceniza entera en un cilindro, observa, como si nada hubiera pasado y luego sal; pero no, no, no a la izquierda, ¡tonta! Piensa en todos los que, indemnes a un accidente, la palman debajo de las ruedas de uno que pasa demasiado rasante el borde, ahí, abre la otra, estírate, la puerta derecha.» No se abre, está bloqueada, estoy enjaulada, y de repente me encuentro vinculada conmigo misma, con determinación tiro de la manilla hacia mi lado, se abre, estoy de pie, al seguro, en la noche. Intento un respiro, me palpo cautamente, doy un paso, otro más; más allá de la carretera, un bordillo de césped carnoso sostiene el plato de un cartel arrancado y oxidado bajo un relucir de perlas de rocío, luego está el canal y más allá una sombra de red que se hunde en la oscuridad de los campos negros. Increíble, parece que hay un mundo existente en los alrededores, entonces, ¿por qué tengo esta sensación de no pertenecerle? Me doy la vuelta, la autopista está vacía, no se ve nada, a nadie.

Luego, vuelvo a abrir los ojos y veo al medico pelirrojo que anda hacia un hueco del pasillo, desde donde un enfermero levanta el brazo desnudo en manga corta con batín verde y le pasa el auricular del teléfono. El médico lo coge, escucha, habla rápido, de verdad es alemán. Había acertado y ahora puedo dejarme caer en una vagancia de preguntas acerca de ese extraterrestre interno: ¿Qué hará un médico alemán en Brescia? ¿Recogerá limones? ¿O es que existen traumas peculiares italianos en los que especializarse?

Me turbaba no entender lo que había pasado, cómo y por qué. Tenía la sensación de que me habían empujado a echar un vistazo en una cavidad prohibida, como una órbita ciega y desagradable. «Ha sido la Señora,» pensé. «Quiso mirarme en la cara desde cerca, y no le he gustado.» Tenía que alejarme de esa ternura de mi misma tan viscosa. Me moví, marqué unos pasos precisos en la penumbra alrededor del coche, estaba detrás y con un vistazo descubrí la chapa hundida, la farola trasera arrancada, el parachoques curvado encima de un hueco del maletero, y menos mal, esto era el resultado de un choque trasero, nada de mantas negras ni guadañas al estilo de *El séptimo sello* de Bergman. El golpe de realidad me recordó que tenía una linterna en

el cajón del salpicadero, así que la cogí y empecé tranquilamente a hacer señales con la luz hacia las farolas de un camión que se acercaba y no paró. No pasa nada. Otro coche, luego dos en fila, todos temerosos o indiferentes; luego un crujir de grillos, un aliento suspendido en el silencio, otra vez el rumorcito chillón, casi como un chirriar de suelas en la carretera, y en el óvalo de la tenue luz amarilla se me presentó un señor que iba andando por el borde de la autopista.

«Usted, ¿Está viva?», preguntó, pálido; y a mí me entraron las ganas de que una carcajada explotara en la oscuridad y gritarle «¡Buuu! Soy el espectro de aquella a la que mataste», pero lo que hice fue decirle con gentil curiosidad: «ah. ¿Ha sido usted? ¿Pero qué ha pasado?»

«Golpe de sueño», balbuceó el señor, llevándose una mano a la frente como para enderezarse la cabeza, que parecía estar apoyada en un estable equilibrio encima de un cuerpo juntado a las buenas: el torso corpulento con la barriga protuberante, dos bracitos de una talla más pequeña, las piernas que nadaban en unos pantalones de cuadros. Luego miró mi matrícula y se reanimó:

«De Brescia también usted. Yo soy de Castegnato. ¿Y no se ha hecho daño?»

«No, diría que no. ¿Y usted?»

«He golpeado contra el cristal, un agujero así, pero nada de sangre, me parece. ¿No?»

Le di con la luz y dije, «No, nada, parece sano. Pero mejor hacer un electroencefalograma, un tac...»

«¿Su coche arranca?»

Estaba dando vueltas alrededor del coche. «Un neumático pinchado», anunció, «podríamos cambiarlo, mientras voy a coger el mío. Si arranca.» Tambaleándose encima de la línea amarilla, estaba a punto de encaminarse e imaginé que le atropellaban y le dejaban en trocitos por la autopista. Por las nauseas, le puse la linterna en las manos.

«Tenga cuidado, coja esta.»

¿Neumático pinchado? Reventado, sí, la rueda anterior izquierda, y en un relámpago radiante de conciencia volví a sentir el choque y miré desde lo alto la colisión.

El imbécil soñoliento se duerme, está a mi derecha, derrapa, y yo no le veo o porque iba con las luces apagadas, o porque se ha acercado en el ángulo muerto del retrovisor, y choca, irá por lo menos a ciento veinte para hundirme tanto el capó. Pero la trayectoria de colisión es diagonal y mi coche sale hacia la mediana de manera oblicua, choca contra unos bloques de cemento a la altura de la rueda, el neumático revienta, sin embargo el impacto compromete sólo el buje y el eje anterior; de rebote el coche vira solo y yo analizo el juego. Muy buena carambola con la muerte.

Si ahí en el medio hubiera estado el guardarrail, le habría atravesado, me habría capotado, habría ido directa contra el tráfico de los otros carriles y habría sido aplastada sin más. Y si el ángulo de choque y de rebote hubiera sido inferior o superior de medio grado más o medio grado menos, si en aquel momento hubiera llegado un camión de remolque, si en vez de tocar absorta el volante y acompañarlo casi con la mano, hubiera virado histérica, si hubiera intentado frenar.... Y por el contrario, si en aquel punto exacto del espacio hubiera pasado justo una fracción de minuto-segundo antes o después....

Ya está. Mi partido así se había jugado, no de otra manera. Era superfluo que en mi mente temblasen posibilidades no realizadas, encadenamientos de absurdas coincidencias. De la misma manera, podía enrollarme pensando en si alguien o algo desde el otro lado de la realidad sujeta un taco que impulsa todas nuestras malas jugadas, los golpes de fortuna y los del corazón; no, ya me puse en punto muerto a los quince años a los cuarenta meto las marchas de la vida que quedan y adelante. Me molestaba un poco deber mi existencia a un bloque de cemento prefabricado en serie y también me odiaba un poco porque no conseguía odiar del todo al torpe paisano que se acercaba a paso de hombre con su Fiat de capó aplastado, rechinando. Mientras aparcaba, golpeé con los puños el parachoques para abrir el maletero y me convencí de que la idea de cambiar la rueda era insensata, porque la de repuesto estaba encerrada bajo tres pliegues de chapa. Y, además, él que lo haría no me parecía él.

«Entonces, ¿Qué hacemos?», preguntó, confinándome en aquel tremendo nosotros. De automático, tomé el mando: con tres ruedas y un eje tambaleante, avancé hasta el

siguiente poste de socorro, él detrás, allí llamé a la grúa, él siempre detrás, luego, mientras esperábamos, rellenamos el parte amistoso del seguro del coche y él detrás que se atareaba con el carnet de conducir y permiso de circulación comunicándome los datos; durante la larga hora de espera en aquella atmósfera de naufragio común, hasta me sentí obligada a gruñir con él acerca del tiempo perdido y la familia en casa. Hubiera sido bonito encerrarse en el silencio sidéreo de la noche y respirar con los poros abiertos el viento de la noche.

Tenía que llegar la grúa para descubrir que el hombre no la necesitaba y se fuera, libre probablemente de cada remordimiento porque ya me había entregado a otro hombre que entretener y tener despierto. Por suerte el mecánico era eficiente y de pocas palabras. En el taller tenía ya un taxi para volver a Brescia, y ahí va otro hombre, parlanchín, entrometido y acostumbrado a circular de noche y a recoger historias de atrevidas emergencias. En veinte kilómetros agotó su repertorio y empezó a interesarse por mi profesión, situación en el registro civil, causas y modalidad del accidente, así que le informé y él maldijo en general y en particular a los inconscientes que conducen de pena y chocan contra la gente.

«Habrás tenido un buen susto. ¿Se ha tomado un vaso de agua?» preguntó.

«No, pero he fumado no sé cuantos cigarrillos en dos horas.»

«Esto no. Fumar daña la salud» dijo, convencido. Y a mí me salió poco a poco un gorgoteo ácido en la garganta, un conato interrumpido de carcajada.

Qué raro que pensé solo en la muerte, como si no pudiera pasarme nada más: no había pensado en hemiplejia, paraplejia, paresis, acinesia. ¿Por qué? ¿Demasiado difícil solo con pensarlo? Sólo me había hecho un pequeño corte en el índice derecho, pequeña cosa, aún había una gema, una gotita titubeante de sangre, la chupé y era dulce.

Recliné la cabeza atrás sobre la curva dura del respaldo, quedándome a escuchar el latido pulsante por el brazo, la muñeca, la mano, en las falanges hasta las uñas. Una burbuja cristalina, un bolo leve de estupor flotaba en el espacio vacío detrás de la frente, fluctuando con el horizonte en fuga: con la luz de la luna la llanura se alargaba

como un abanico, hirsuto de ralas siluetas vegetales entre las masas geométricas de casas, fábricas, naves, y en lo alto hasta había alguna estrella.

«¿Por qué llora, señora?»

Porque cuando esta noche apoyé la cabeza en la almohada me di cuenta de no poder volver a levantarla, y porque usted, doctor, tiene los ojos azules, un azul metileno, un azul tinta, un azul de porcelana de Meissen que se combina con su pelo de corte prusiano. Si pudiera decirlo, me sollozaría fuera de mí, pero aprieto el borde de las sábanas entre los dientes y susurro: «Estoy descargando mi estrés.»

«Hágalo, hágalo tranquila», dice él, profesional. Pero ahora me mira, y me comprime contra el hombro la punta de los dedos. Es un latigazo que me quema a través de la piel y me lanza hasta el instante futuro.

(Trad. Beatrice Cinti)

Ziusura

Llamadme Ziusura. No es que sea mi nombre verdadero, pero ya sabéis como funciona, en seis o siete milenios se pierde mucho de nosotros. ¿No pretenderéis que desperdicie mis últimos residuos de energía para hurgar en una memoria inmensa hasta delimitar y extraer un nombre irrelevante, verdad? Que por supuesto recuerdo muy bien pero no seré tan tonto como para decíroslo. Para mí es importante. El nombre es la única propiedad que le queda a un hombre cuando todo su mundo se le ha ido de las manos. Y, además, podríais utilizarlo en mi contra y estoy casi seguro de que lo haríais. No por nada, sino porque las viejas costumbres se han puesto de moda ahora, y si uno cree, un poner, en la astrología, ¿quién le impide practicar la magia de los nombres? Pero de cualquier forma la cuestión no es esta: la cuestión es que, me llamara como me llamara, entonces yo existía y sé como han ido las cosas en realidad. También ahora, en teoría, existo. Pero mi forma actual es un poquito relajada, un poco dispersa, eso es.

Me encuentro, a decir verdad, en una situación tan fluida que definirla con un «existo» me suena presuntuoso. Nunca he querido ocupar puestos más elevados de lo justo y necesario. Yo, nunca he estafado para conseguir algo que no me correspondiera, solo lo que el destino y el estatus me daban derecho. Por eso, no me malinterpretéis si, solo con el objetivo de garantizar credibilidad a este modesto y espontáneo testimonio, me viera obligado a alargarme todavía algo más sobre mi condición y sobre mi estado. Os estoy hablando desde un pozo de petróleo en el Sur de la Región entre los Dos Ríos, hoy llamada Iraq. Es decir, no exactamente «desde»; sé que os parecerá insólito, pero sería mejor si dijera «a través» o «mediante», porque de hecho, al encontrarme debajo del pozo y el conducto, técnicamente esta voz que es la mía, sube de las profundidades borboteando en el crudo. Motivo por el que quizás

sería más conveniente afirmar que es el mismísimo pozo quien os habla, si no fuera por el hecho de que entonces, y aquí hay que ser exactos, el pozo es sólo el portavoz. Yo soy el petróleo. «Okey», como decían los soldados americanos que hace un momento he sentido volar y disparar aquí arriba, no me creéis; y, sin embargo, habéis sido vosotros, con vuestra ciencia química, quienes habéis descubierto que el petróleo nace del material orgánico sumergido en cieno prehistórico y aplastado entre dos estratos rocosos como una hamburguesa dentro de su bocadillo sedimentario. Entonces, ¿qué hay de extraño si un sumerio curioso se resbaló un día en aquel amasijo y se fue a formar pasta con el resto de aquella comida para bacterias anaeróbicas? Claro que, todo esto, a miles de pies de profundidad. Pero juro que tampoco yo me lo creía mientras iba más y más abajo por la tremenda grieta balbuceando aterrorizado: «¡Santa Ereskigal!, el betún que había ido a recoger me servía sólo para que construyeran un par de exvotos». Palabra de honor, no tenía intención alguna de venderlo al por mayor, desbancando la legítima propiedad de los sacerdotes; por lo que habría habido algún error, ¿por qué arrojar a un inocente vivo y derecho al infierno?

Después de largo tiempo siendo absorbido como masa de pan en aquella cerveza negra nauseabunda, me di cuenta, de hecho, que seguía vivo, o casi. No sufría –no tenía nada por lo que poder sufrir- y si no existe el dolor, ya se sabe, no existe la vida. Y, sin embargo, a mí me parecía estar vivo todavía.

Pensaba. Pensé entonces, que la siniestra Señora del Mundo Subterráneo se estaba divirtiendo haciendo un alarde de crueldad conmigo. Esparcir los átomos de un pobre mercante en un caldo de hidrocarburos y mantenerlo, quien sabe cómo, consciente y sabedor de su infinita desgracia, me parecería incluso ahora un récord Guinness demoníaco, si creyera en los demonios. Pero con el paso de las civilizaciones y con todas las distintas y consecuentes caídas de los Dioses, me he hecho astuto al disponer de completas eternidades para chupar información del Buen Mundo de Arriba y, con nada más que hacer que estar allí para refinarlas, uno aprende a tener fe solo en sus alcanos y en sus naftas.

Ante vuestro estado actual de conocimientos, lanzaría la hipótesis de que mi «supervivencia» por decirlo de algún modo, haya que atribuirla a una imprevista polimerización de la estructura neuromolecular humana en un núcleo de peculiaridad postorgánica completamente fuzzy.

De no ser así, ¿cómo se explicaría mi capacidad de conseguir datos informativos de un análisis subperceptivo de las vibraciones propagadas en la costra terrestre por los sismos y microsismos, transmisiones radiotelevisivas y teléfonos móviles? Pero no era de esto de lo que os quería hablar. He oído recientemente y (os garantizo con conocimiento de causa, que oír es el verbo más apropiado incluso en ausencia de oídos), he oído, decía, que algunos de vuestros expertos en antigüedades se están dando de tortas generando nuevos descubrimientos para demostrar que los inventores de la escritura no hemos sido nosotros los sumerios, sino esos nuevos ricos de los egipcios o incluso algunos paletos de zonas de la India, gentuza que vivía en el río Saraswati. Podría ser verdad y si lo fuera no tendría nada que objetar. Nunca hemos sido nacionalistas los sumerios. Todavía era demasiado pronto para definirnos con un nombre colectivo. Nosotros no sabíamos que éramos «sumerios». Nos limitábamos a vivir en el centro del mundo, a construir nuestras ciudades-estado, y de vez en cuando, a masacrar las de los vecinos. Yo, además, formaba parte de una élite de viajeros privilegiados que ni siquiera pensaba en introducir novedades subversivas como el concepto de «nación». Era todo casa y caravana. Yo, estaba siempre fuera comerciando desde el mar Superior al mar Inferior (también conozco bien a esos tipos pre-harappianos de los Saraswati. No sabían ni escribir pero vendían una pimienta que no estaba mal). ¿Qué queréis que me importe a mí reivindicar una primacía moral? Todo lo que le pedía a mis clientes era que no hicieran trampa con el peso de la plata. Pero vosotros haríais bien si no fuerais tan inocentones de picar como si fueran verdad las mentiras de los egipcios, de los indios y las de sus amiguitos modernos. Porque sé yo cómo ha sido esta historia de la invención de la escritura. Yo estaba allí, cuando Nam-tar-anna llamó cretino a Ur-nasir. Veis, hacía ya mucho tiempo que estábamos usando ese sistema ingenioso, pero lo admito, un poco

incómodo, de las marcas selladas dentro de una bolita de arcilla seca, ¿sabéis a qué me refiero? No, creo que no. Me tocará explicároslo. Bueno, pues funcionaba así. Imaginemos que el jefe de un poblado tiene que entregar un suministro de doscientas cuarenta hogazas al almacén del templo y no se las puede llevar en persona y entonces, un suponer, me las da a mí. ¿Qué hace para garantizar que yo (siempre como ejemplo) no le robaré algún saco por el camino y que después él se encuentre en deuda con el templo? Pues coge doscientas cuarenta hogazas de arcilla y las pone dentro de un paquete de arcilla cruda, esto es lo que hace. Cuando está seca, habría que romper la arcilla para sacar las doscientas cuarenta marcas y convertirlas por el camino en ciento veinte o quizás sesenta y, de hecho, el destinatario legítimo de esto, que hoy se llamaría «receptor», tendría que romperla primero, para poder controlar que el número de la entrega correspondiera al número de la mercancía entregada. Por eso introdujimos un perfeccionamiento verdaderamente genial, que permitía archivar el sello sin romperlo. Mientras la arcilla está todavía fresca, el remitente imprime encima su sello y cantidad que hay dentro y, para más comodidad del destinatario, le hace un dibujito que describe el tipo de mercancía.

Pues bien, Ur-nasir había apenas acabado de grabar todo y estábamos bien repanchingados a la sombra del patio de su casa mirando a mi esclavo que estaba cargando los sacos de hogazas sobre los burros y esperando a que el paquete de arcilla sobre la mesita se secara, cuando me dice:

—¿Quieres una cerveza? — y enseguida llama a su mujer para que me la traiga.

Nam-tar-anna sale toda sucia de harina y enfurruñada, me arroja la jarra como si la tuviera tomado conmigo y se planta allí con los brazos en jarra y nos mira a todos de arriba abajo como si le hubiéramos hecho quién sabe qué atropello. No volaba ni una mosca. Después de un rato, la energúmena se baja para comprobar si el paquete de creta está seco. Y pienso yo: «pobre mujer ¿no lo ve por el color?» Y hela aquí que de repente se echa a reír como una condenada y grita:

-¡Eres un cretino, Ur-nasir!- Pero señora -le digo yo, viendo que el marido se ha quedado de piedra y que se le está hinchando la frente y que no puede decir una

palabra. Pero habría hecho mejor si no me hubiera metido, porque ella se gira hacia mí y me gana un «¡cretino tú también, maldito mercader robaperas!» A lo que el marido se pone en pie, se desbloquea y suelta un grito que lo habrán oído hasta en Uruk. Pero estaba tan enfadado que farfullaba y no se le entendió mucho de lo que había vocifeado, excepto: «... ¡tú y todas las rameras de Eridu!».

Nam-tar-anna como si no lo hubiera escuchado siquiera, hizo que se sentara con una palmada y se agachó graciosamente sobre la esterilla barriendo los residuos de la arcilla. «Eres un cretino y ahora te lo demuestro». Dijo tranquila y con una sonrisita en los labios. No había barrido la creta, no. De hecho la había recogido y se había puesto a amasarla hasta hacer una especie de cojincillo cuadrado, una tortilla de arcilla fresca que apoyó sobre la mesita delante de nosotros.

—Mira eso— le dijo al marido señalando el paquete semiseco, — Y cállate. Yo veo un sello, el dibujo de un pan y el número doscientos cuarenta. ¿Tú qué ves?

A Ur-nasir se le hinchó de nuevo la vena de la frente, pero antes de conseguir emitir otro conato de improperios, la mujer ya había aferrado el sello y la pajita sucia de arcilla que estaban sobre la mesita y, velozmente, volvió a copiar todos los signos sobre la tortillita fresca y se los pegó bajo la nariz.

—¿Y sin embargo aquí qué ves? — preguntó didácticamente.

—El número doscientos cuarenta, un pan y el sello de Ur-nasir— respondí yo, por compasión hacia mi cliente, por desprecio hacia el peligro o, en definitiva, sí, porque tenía curiosidad por ver dónde quería ir a parar Nam-tar-anna con lo de tratarnos como a dos niños de tres años.

— He aquí porqué sois cretinos— dijo ella — No hace falta ninguna desperdiciar el tiempo y el esfuerzo para hacer todas esas hogazas de barro y estos estúpidos saquitos sellados. Basta con ponerles una tablilla como esta que lo dice todo...

Ur-nasir me miró. Yo miré a Ur-nasir y por sus ojos, todavía inyectados en sangre pero de repente redondos y anchos como escudillas vacías, comprendí que él había comprendido lo mismo que estaba comprendiendo yo. Que tenía razón ella y que alguien tenía que idear enseguida la manera de admitirlo.

— Los mercantes siempre habéis sido ingeniosos, ¿o no? Te toca a ti hacer trabajar el cerebro— me suplicaba esa mirada de par en par.

Dado que entonces no se decía «okey», no lo dije, pero por experiencia personal me daba cuenta de que un marido no puede dar la razón a su mujer decentemente, por lo que acepté la súplica y saqué a ambos de la situación embarazosa poniéndome de pie y levantando los brazos al cielo como si me hubiera picado una chinche y hubiera tenido una visión al mismo tiempo: «¡Enki! ¡El Señor de la Sabiduría ha hablado por boca de una mujer! ¡ Ur-nasir, inclínate! ¡Inclinémosnos todos!» Fue una artimaña, vale, y hoy me avergüenzo un poco, pero entonces hacía falta estómago para evocar a tontas y a locas a una divinidad, y de todas formas había demostrado una presencia de espíritu que hace honor a mi categoría. Ur-nasir soltó un respiro de alivio muy gratificante. La sonrisita de Nam-tar-anna, sin embargo, se convirtió en una mueca desagradable e irónica, o por lo menos así me lo pareció. Si lo vuelvo a pensar, fue solo una impresión mía o un juego momentáneo de la luz. Habría sido difícil para sus labios asumir un pliegue tan extraño y sin duda, tan poco femenino. De hecho estaba completamente ocupada en masticar la pajita.

No nos escuchó para nada mientras discutíamos acerca de los enormes y fantásticos potenciales que se abrían a nosotros por la revelación del Santísimo Enki. Es decir, como buen funcionario, Ur-nasir se regocijaba pensando que aquellas tablillas habían ocupado en los archivos un espacio mucho menor que los saquitos redondos. Yo, que ya entonces me caracterizaba por una fluidez de pensamiento notable, preveía un desarrollo maravilloso en los libros de cuentas y, quién sabe, quizás incluso la posibilidad de enviar un recibo sin la mercancía que lo acompañara.

Mientras tanto, Nam-tar-anna refunfuñaba para sí, algo sobre el hecho de que «gi» quiere decir «caña», pero que también devolver se dice «gi» y, que, entonces, dibujar una caña al lado del símbolo del pan podría significar «pan devuelto». No, esa vez no, la señal de la caña sobre el mensaje no se lo puso. La superficie de la tablilla ya se había secado en parte, y su marido por completo. Se levantó, le arrancó la pajita de la boca, recuperó el sello, tiró una esterilla sobre la tablilla y el saco y mandó a patadas

a Nam-tar-anna a casa gritando:

Ve a cogerme el traje bueno, ¡vaga!, ¡boca inútil, plaga, desagradable, puta!

A posteriori, me doy cuenta de que habría tenido que matar a ese hombre sin pensármelo dos veces. Me hizo descargar todos los sacos, diciendo que esa vez los llevaba él al templo, que me habría pagado las molestias pero no más. Que de repente le había entrado ganas de darse una vuelta y también de ver al cura del archivo, que hacía mucho que no charlaban un poco como se debe, ¡el muy cerdo!

Si lo hubiera matado, no se habría quedado con todo el mérito de nuestro nuevo invento, como de hecho hizo, ganándose doscientos silas de cebada y un cinturón bordado. A mí, nada, que los demonios lo torturen hasta la eternidad, que su linaje se disperse, que le falte agua para sus campos, que corra por la estepa a cuatro patas como un burro salvaje. Pido perdón. Es extraño como un caso de injusticia pasada pueda siempre encenderme incluso a distancia de milenios.

Muerto y requetemuerto, Ur-nasir ya ni siquiera es polvo. Nadie se acuerda de él, excepto yo. ¿Puedo considerarme ya vengado abundantemente, no? Pero yo era un tipo inflamable también antes. Por aquel entonces, me encendí tanto por el entusiasmo de las posibilidades de esas tablillas que la pérdida de mi pequeñísimo negocio de transporte me dejó indiferente. Saludé con la máxima amabilidad a aquel mentiroso canalla, volví a casa y, feliz y contento, escribí inmediatamente una tablilla con la lista de todas las existencias del almacén. ¡Qué ingenuo era! E imprevisor. Como viuda maciza y acomodada, pudiendo masticar su pajita en paz, Nam-tar-anna seguramente habría concebido hasta el final su brillante idea de los pictogramas y, quién sabe, por qué no, habría inventado allí en el patio todo el sistema de escritura cuneiforme por adelantado. Sin embargo, han sido necesarios otros años antes de que algún *dubsar* desconocido lo consiguiera por sí solo.

Repito, siento de verdad no haberle matado a ese cretino de marido. La civilización habría tenido una aceleración exponencial. Nos habríamos ahorrado todos un montón de tiempo, dado que, sin duda alguna me habría mudado con mi nueva mujer en su granja mejor irrigada, arriba, en Eridu. Desde cuando la vi, a decir verdad, el deseo lo

tenía sin darme cuenta incluso antes de haber visto a Nam-tar-anna; y no habría ido a entrometerme con la cabeza baja en aquel feo asunto del betún. Pero entonces no entendía lo suficiente ni de tiempo ni de mujeres. Ahora sí, que entiendo, incluso demasiado. De tiempo, quiero decir.

(Trad. Marina D'Antonio)

Cleopatra y César

A Ptolomeo César en el puerto de Berenice.

Hazte a la mar inmediatamente. El usurpador ya está aquí. Antonio está muerto. Te envío las memorias que me has pedido. No están terminadas.

Sello de Cleopatra, Reina de Reyes, soberana del Alto y Bajo Egipto, amada por Amón, Nueva Isis.

Era la primera vez que llevabas tu toga viril y parecías tan hermoso, tan desgarrado por todos esos pliegues inusuales y mientras te observaba, levantaste la cabeza y de repente me pediste que te hablara de tu padre. «¿Cómo?», te dije, «si no he hecho otra cosa desde que eras pequeño.»

«¿Cómo? Sinceramente», me contestaste. «Tengo que saber la verdad. ¿Gayo Julio César era un genio como vosotros decís o era un despistado que no sabía calcular los riesgos, un hipócrita que compraba al pueblo con los espectáculos de los gladiadores, a los amigos con premios y a los enemigos con clemencia? ¿Fue un hombre de negocios que usaba el Estado para sus intereses? ¿Fue sólo un libertino con todas las mujeres y mujer de todos los hombres, o un cruel asesino que exterminaba a millares a las mujeres, a niños y ancianos? ¿Fue un cínico, un mentiroso, uno que desencadenó una guerra civil sólo para evitar ser juzgado y condenado?»

Necesité de todo mi control para impedir que mi mano a medio levantar no te diera una bofetada. Con muchas zalamerías, conseguí tu confesión: el hallazgo en la Biblioteca, justo al lado de la copia más bonita de la *Guerra de las Galias*, de un montón de papiros nunca vistos antes, todos emborronados, unos apuntes para una

obra historiográfica de un tal Asinio Polión. Habrá sido Areo Didimo: ese pérfido cocodrilo está de la parte de Octaviano, y los habrá colocado ahí a propósito para trastornarte. Diré al bibliotecario de revocarle la tarjeta. Mientras tanto, tengo que cumplir con mi deber de alumna que tú, hijo mío, hijo de Roma y del antiguo Egipto, justamente me impones.

Tienes razón, amor mío. Mientras escribo, puedo contarte cosas que nunca tuve el valor de decirte con palabras. Lo que has leído en los apuntes de Polión es toda verdad.

Pero, también es verdad lo contrario. Yo misma, cuando lo vi por primera vez tardé un rato en darme cuenta de la naturaleza complicada de aquel bárbaro capaz de inauditas sutilezas, y considera que ya tenía veintiuno años y tres de reinado, una ingenua no era. Una virgen sí, a la fuerza: mi marido y hermano Ptolomeo XIII, que no pueda descansar nunca en paz, trece años tenía. Y ya me había traicionado. En sentido político, claro.

Justo yo estaba reuniendo un ejército en Siria para reconquistar Egipto, cuando me enteré de que César desembarcaba en Alejandría con treinta y cinco naves y cuatro mil soldados. Él perseguía a un adversario ya derrotado, el mismo Pompeyo Magno del cual tu abuelo Ptolomeo el flautista recuperó el trono endeudándose hasta el cuello, y mi hermana Berenice se lo quitó enseguida. Pero esta es otra historia, y de todas maneras y por tu suerte nunca conociste a esa tía. Pompeyo vine a cobrar su deuda de gratitud pidiendo asilo a mi hermano, no a mí. Era evidente que lo mejor era ponerse de la parte de César, el más fuerte, pero estaba bloqueada ante Pelusio; mientras tanto los consejeros de tu tío actuaron según sus designios y trajeron a César la cabeza de Pompeyo. Buena jugada, pensé. Y yo hice una mejor.

Eludiendo las fuerzas enemigas en un barco rápido y luego en una barquita, de noche conseguí entrar en el puerto de Alejandría, luego en el palacio, hasta dentro las estancias del romano envuelta en una alfombra (la persa azul, la manchada y desteñida que está en mi habitación, le tengo mucho cariño). Salí de ahí toda despeinada, poco regía, de seguro con la cara hinchada y roja por la falta de aire, por

lo tanto no fue la belleza la que conquistó a César, sino mi estratagema. No estaba acostumbrado a tratar con mujeres de valor, y además, yo hablaba su idioma, más otros seis, con un dominio que tuvo que parecerle extraordinario en una muchacha de unos treinta años más joven que él. Imaginé que, como buen militar, admirase a Alejandro y mencionando por encima nuestra dinastía, acerté: la idea de que en mis venas corriese la sangre del primer Ptolomeo, general y compañero del Macedonio, le impresionó hasta tal punto que me puso las manos encima. Para comprobar, supuse. No podía ser tan rudo y maleducado como para faltarme de respeto. ¿O sí?

«¿Esta sería la famosa cortesía de los romanos?», murmuré con la voz llena del veneno de mil cobras y de un Nilo de desprecio, mientras reflexionaba a gran velocidad. Aquel bárbaro alto y delgado era el señor del Mediterráneo, un excelente estratega y un enérgico atleta, poseía originalidad, perspicacia, memoria, cultura, profesionalidad, providencia y diligencia: ¿Qué más podía pedir de un hombre para reavivar la sangre exhausta de los Ptolomeos? Tras generaciones de matrimonios incestuosos y herederos bobos, enfermizos o locos, que saliera yo ha sido más que un milagro. Él era mayor y calvo aunque no le faltaba elegancia ni salud.

«Ámame» dijo César «y te convertiré en una romana.»

«Cásate conmigo», dije yo, «y te convertiré en un dios.»

«Puedo serlo cuando quiera», contestó con una mueca irónica. «Esta noche prefiero ser un hombre.»

Tu padre era así, mí querido Cesarión: un horrible presuntuoso que siempre quería tener la última palabra en todo. Tuve que emplear las artes más refinadas para persuadirlo de aprobar por lo menos las reformas más urgentes y necesarias. El calendario romano, por ejemplo, era un lío horrendo; para conseguir que lo cambiara, he tenido que presentarle el proyecto como si fuera idea suya, y no de mi astrónomo Sosígenes. Y no te cuento cuantos esfuerzos para la reforma de las bibliotecas públicas romanas, para el intento de abrir el istmo de Corinto, para el canal de Roma a Terracina, para una apertura política y cultural hacia Egipto... Con Marco Antonio

fue todo mucho más fácil: Antonio lo conoces, es un osito, simple y directo, algo vulgar pero de ánimo bueno y noble. Sólo hace falta dar de comer y beber a cien o doscientos amigos suyos, ofrecerle unas cuantas bailarinas, una flota o dos, un millar de militares y él se convierte en Nuevo Dionisio y se queda tan contento. Era inevitable que no le cogiera cariño, es el marido perfecto.

Al contrario, con César no ha habido manera. Cuando naciste y nos fuimos a vivir a esa fea villa de Trastévere, casi había conseguido que legalizase la unión para asegurar tus derechos hereditarios sobre Roma: Julio hizo poner mi estatua de oro en el nuevo templo de Venus Genetrix, que de hecho era el templo de su familia, puesto que él desciende de Venus. Una señal muy clara. A estas alturas sólo tenía que divorciarse de esa Calpurnia. Pero llegaron los idus de marzo...

*

Cornelio Dolabela a Tito Livio, saludos.

Te envió las cartas halladas en el cadáver del Cesarillo. El emperador me ha ordenado que las haga desaparecer pero no ha dicho cómo, por este motivo pienso que no pasa nada si te las entrego para el libro que quieres escribir.

Me llevé un disgusto cuando el pequeño idiota se dejó convencer por su preceptor para venir a Alejandría en vez de huir a India o adonde quiera que le gustase. ¿Qué se esperaba? ¿Seriamente tenía la ilusión de que Octaviano apreciaría su coraje y que le devolvería Egipto con una reverencia? Pura locura. Por más que fuera un Ptolomeo XV cualquiera, el único hijo varón de Divo Julio siempre habría sido una espina en el dedo para el que aspirara al gobierno absoluto de Roma. Pero el chaval era así: demasiado seguro de sí mismo, demasiado amante de los gestos teatrales. Demasiado igual a su padre.

(Trad. Beatrice Cinti)

De rerum natura

Cuando en el horizonte empiezan a salir las Pléyades, anunciando del comienzo del verano, siempre llevo a las chicas de excursión. Llegado ese periodo del año ya llevan tres meses de clases y, en la mayoría de los casos, pueden recitarme de memoria por lo menos un par de libros de Lucrecio. Si, lo sé, puede parecer una selección de material didáctico algo inapropiada. Hay padres a los que les gustaría que llenase la cabeza de sus herederas con agudos preceptos de economía doméstica, una pizca de poesía helenística para quedar bien en público y nada más, porque, total, las chicas luego se casan. Por suerte que mi escuela para señoritas se ha puesto tan de moda que nadie en Capua tiene el coraje de criticar nada. Además tengo como discípulas a Castricia Ornata y Alfidia Valentina y todas las mujeres de perfumeros en busca de ascenso social hacen la cola para suplicarme inscribir también a sus hijas: es evidente que cuantas menos acepto, más insisten. No es que tenga nada contra los comerciantes enriquecidos, pero los Castrici y los Alfidi, que me honran con su protección, fruncen el ceño y enarcan las cejas muy a menudo; es comprensible en señores de antigua estirpe como ellos.

La excursión de este año se organizó, como siempre, con todo lujo de detalles: conseguí reducir el número de las camareras a una cada tres chicas, aunque hicieron falta tres calesas y un carro porque, como no, la tía de Valentina en calidad de acompañante, no renunció a su esclava de confianza y a su cocinero personal. Si contamos los conductores y la escolta municipal a caballo, dirigida por un joven tribuno con un nombre tan pomposo como Publio Corneliano Escipión, éramos una tal caravana que en el medio del tráfico de la vía Apia, que es lo que es, no pasamos desapercibidos.

Mis alumnas se lo pasaron quizá demasiado bien entre risas y cantos, haciendo el

papel de ninfas distraídas y diseminando bandas y coronas: el tribuno las recogía al vuelo y espoleaba el caballo zigzagueando entre una calesa y la otra como una abeja ebria de miel; por este motivo no esperaba llegar antes de la puesta del sol a la villa rural de los Castrici, pero lo conseguimos.

Al día siguiente, al amanecer tocó la generala y nos internamos en el valle Caudina como una legión. Cuando se trata de centrarse en la excursión, mis chicas siempre son disciplinadas: recogieron los bordes de las túnicas en las correas y escalaron sin vacilar una cuesta bastante empinada, despreocupándose por sus graciosos botines y por los jadeantes soldados que nos seguían entre zarzas y ramas con la mirada baja – y lo entiendo, tantas piernas desnudas estilo Diana Cazadora resultaban vergonzosas para ellos. Además fue una suerte que la tía se había querido quedar cuesta abajo para, según ella, estar atenta a los criados; no temía ataques por ese lado. Una vez en la cima, dispuse todos en grandioso orden y en el silencio más absoluto, di mi clase de historia y geografía sobre la segunda guerra samnita. Por un lado el astuto *meddix tuticus* Cayo Poncio, o sea el jefe samnita, bloqueaba la salida de la estrecha gola, por el otro veinte mil soldados romanos que seguían como un rebaño de cabras a dos cónsules imbéciles, cayeron en la trampa: los samnitas los encerraron por detrás, los rodearon, los masacraron a miles, y para terminar aceptaron la rendición de los supervivientes pero los obligaron, uno por uno, al paso bajo el yugo.

«Ahora» concluí, «¿Cuál es la moral? Hay seis manos levantadas. Valentina, te toca.»

«¿Nunca fiarse del que no conoce el campo?»

«Has estado cerca, pero se puede exponer mejor. Ornata, ¿quieres intentar?»

Mi segunda mejor alumna saltaba por el ansia de contestar.

«Los romanos pensaban que el valle era seguro, pero si lo hubieran observado mejor antes de entrar, se habrían dado cuenta de que no lo era. Por lo tanto la observación de la naturaleza es más importante que las ideas que tenemos sobre ella.»

«Exacto. En otras palabras: Aristóteles gana, Platón pierde. Y ahora poned en práctica lo que habéis aprendido: el estudio de plantas útiles e inútiles, de mármoles y rocas, de animales. Y ya que estáis, intentad encontrar unas cuantas puntas de flechas para

nuestra colección. Han pasado trescientos cincuenta años, pero apuesto a que aún queda alguna por ahí.»

Las alumnas revolotearon como palomas, desperdigándose entre arbustos y barrancos.

«Es verdad que los humanos, por naturaleza, aspiran al conocimiento», comenté amablemente. «Aristóteles dice ‘todos los hombres’, pero tienes que ser un error de los escribas.»

Las caras de los soldados de escolta me quitaron las ganas de sonreír, estaban muy enfurruñados.

«¿Qué pasa?», pregunté al tribuno, con sincera curiosidad. No debería haberlo hecho, porque empezó con un sermón que parecía no acabar nunca, sobre la indecencia de enseñar a las señoritas el lugar de una terrible humillación del ejército romano, cuando no muy lejos se encontraban los lugares de la gloria: el de Pirro derrotado, de Aníbal vencido, etcétera, y además, el valle, tan angosto, daba mal agüero, con todas esas chicas profanando la horrorosa sensación sagrada que infundía a la tropa. En fin, todo lo ponía un poco nervioso, diríamos.

«Quizá tienes razón», le interrumpí. «¿No crees que tus valientes hayan descansado lo bastante como para volver al servicio de escolta? Aquí ya no hay samnitas hostiles, tranquilo, pero algún lobo podría andar por ahí. Y, por cierto, hace un buen rato que no veo a Blossia Trifena.»

Mientras me encaminaba a buscarla, escuché un estallido de órdenes a mis espaldas y un estruendo de espadas y más chatarras, señal de que los hombres, llamados al deber, se apresuraban a levantarse. Habrían tenido que vigilar a las chicas sin que se lo recordara yo, pero, por lo menos, ahora parecían decididos a hacerlo. El desprevenido que los mandaba me adelantó corriendo, quizá para que no viera que se había puesto rojo como su capa o quizá porque Blossia Trifena era la flor alrededor de la que había zumbado durante el viaje. De cualquier manera, en el ímpetu faltó poco que nuestro Escipioncito se cayera en el precipicio, justo al borde de la colina.

Ahí estaba la chica, con la nariz contra una pared de roca desnuda de finos estratos

entre gris y amarillento, con nervaduras verdecillas y medio derruida. Me alarmé. Pero Trifena se dio la vuelta y empezó a bracear alegremente.

«Venid. Hay muchísimo.»

Sólo había encontrado algo. ¿Puntas de jabalinas? Por fin el tribuno se recompuso, me cogió del brazo y me ayudó a bajar por una gravera resbaladiza. En ciertas situaciones los hombres resultan muy útiles. Llegamos al otro lado sin matarnos y no, no eran puntas de jabalinas; en la lámina de roca que Trifena me pasaba, en un relieve perfectamente dibujado, había un pez.

«Bien», empecé, mientras me sentaba con cautela encima de un montoncito de piedras. «Ya he vistos algunos. La teoría de Aristóteles los considera una broma de la naturaleza: habría una fuerza creativa que se entretiene en reproducir formas de organismos vivientes en las rocas, pero...», jugueteando con las piedras, cogí una en la mano, la miré, había una concha, y la tiré de nuevo en el montón; cogí otra, un diente, quizá de tiburón, «por el contrario, Pitágoras sostenía que se trata de auténticos restos de animales marinos. Todo esto, ¿qué problema nos plantea?»

A su vez Trifena se sentó y perdida en sus pensamientos, empezó a amontonar piedras una encima de la otra. Tras haber construido y destruido precarios castillos, se rascó una pequeña costra en la rodilla y luego arriesgó:

«Si se trata de auténticos animales marinos, hasta aquí tenía que llegar el mar ...»
«¿Y entonces? He visto yo, lo que fuera un día solidísima tierra, / que era estrecho, he visto hechas de superficies tierras, / y lejos del piélago yacen conchas marinas. (Ovidio, *Metamorfosis*).»

«Si», dijo la joven, levantando la cabeza de repente, «Pero ¿cuánto tiempo hace falta para que el mar se transforme en montaña? No puede pasar de un momento a otro. Estos tienen que ser animales antiquísimos.»

«Tonterías», afirmó Escipión. «Tonterías griegas. ¿No tenéis nada mejor que hacer?» Las dos le dirigimos probablemente la idéntica mirada de desdén, de lo contrario no me explicaría por qué se puso de nuevo rojo y, alejándose unos pasos, se puso a afilar decidido su espada contra las asperezas de la pared de roca. Nosotras volvimos a

centrarnos en las cosas importantes.

«¿No ves triunfar el tiempo / aun de las piedras, y venirse al suelo / altas torres y a polvo reducirse / los peñascos? Tu deducción complementaría bien la hipótesis de Pitágoras, que a su vez se corrige con Epicuro. Nosotros no sabemos cuánto de antiguo es el mundo; solo sabemos que no puede ser eterno, porque a nuestro alrededor vemos que todo lo que nace, muere. Si no muriera, aún tendríamos con nosotros a los gigantes, a los centauros, el reino de Saturnio, la edad de oro... Un pez muere, cae en el barro, el barro poco a poco se convierte en piedra, el viento subterráneo hincha la piedra, la levanta hasta convertirla en una montaña... Luego, como escribe Lucrecio: *el tiempo de este modo poco a poco / trae los descubrimientos de las cosas.*»

«Sí»; dijo Trifena, «pero, ¿durante cuánto tiempo? En mi opinión...»

Las adoro cuando hacen eso. De ese tímido ‘en mi opinión’ puede salir de todo. Por lo general, son arriesgadas cavilaciones en el aire, pero Trifena me sorprendió. Con los ojos que le relucían, volvió a coger sus piedras y las colocó de nuevo una encima de la otra, esta vez con cuidado.

«Pongamos que encontrara una punta de flecha entre estas piedras *debajo de* esta roca con los peces. Esto significaría que aquí había mar después de la guerra; y puesto que sabemos las fechas de las guerras samníticas, sabremos también cuántos años han tardado estas montañas en formarse.»

«Pero, no», repliqué con una sonrisa y me preparé para demostrarle que su razonamiento no se tenía en pie, por el evidente motivo de que en el momento de las guerras samníticas las montañas sí que estaban ahí, listas para tender trampas. Pero, no sé por qué, dudaba. Tenía como la sensación de estar a punto de captar algo que no conseguía ver, casi como si detrás de las absurdas palabras de Trifena, se arrastrase algo de sutilmente verdadero pero evasivo, irritante como una termita escondida en un mueble. El tribuno Escipión me despertó del aturdimiento exclamando con una voz reprimida una palabra que nunca tendría que ser pronunciada en presencia de jovencitas de buena familia. Me di la vuelta para mirarle con la expresión más severa.

Le había caído en el brazo un trozo de roca llano y ancho, y él lo contemplaba con los ojos fuera de las orbitas, con la cara gris, petrificado como si hubiese visto la cabeza de Medusa. Que inepto. ¿Se había hecho daño? Agradecida por la maniobra diversiva que involuntariamente me estaba ofreciendo, me levanté acercándome con aire atento.

«¡Un cocodrilo!», exclamó Trifena; se había dejado llevar por la curiosidad, como había previsto. Pero la cosa en la roca que asombraba a nuestro hombretón no era un cocodrilo; de esos tenemos en abundancia en Capua, representados entre hipopótamos, ibis y pigmeos en las pinturas de moda al estilo egipcio. Solo el hocico largo y tieso y los dientes afilados se asemejaba a esa monstruosidad que, quitando la cola, por lo demás parecía un pollo sin plumas, con el cuello torcido y dos manitas horribles como alas. De un pollo hasta tenía el tamaño.

«No es un cocodrilo, es un dragón...», farfulló el tribuno.

Tras un sonoro bufido, le reproché: ¿Dónde habrá visto un dragón? ¿En las insignias militares? Los dragones son alegorías poéticas: simples serpientes que la imaginación ha decorado añadiéndoles unas cabezas de más. El coso espantoso solo tenía una, de cabeza, y por si fuera poco, pequeña.

«No es un dragón y tampoco un cocodrilo. No es nada conocido.»

«Sea como fuere, es maravilloso», aclaró Trifena. «¿Puedo cogerlo? Por favor, ¿puedo?»

Estaba tan encantada por el hallazgo que no tuve el ánimo de decirle la verdad. El animal imposible demostraba, sin la más mínima duda, que Pitágoras se había equivocado, y no era la primera vez: piensa en todas esas tonterías sobre las habas, que son más que comestibles, dijese lo que dijese. De nuevo, tenía razón Aristóteles: los animales en las piedras solo son formas nunca existidas. Como corolario, las teorías bonitas están destinadas a que la experiencia las desmienta.

Ajena a mis reflexiones científicas, Trifena sostenía en sus brazos la lámina calcárea que el tribuno le había entregado más que de buena gana. Despacio nos encaminamos hacia los demás.

«¿De veras quieres llevarla hasta casa? Es pesada.»

«La necesito», dijo Trifena. «Tengo que redactar una relación. Si voy a ser la primera en describir un animal que nadie conoce, puedo llegar a ser famosa, ¿no? Pero creo que tendré que darle un nombre.»

«Oh», dije, «claro. Ponle el tuyo.»

Se lo pensó un momento, luego negó con la cabeza. «No, no sería modesto. Le llamaré *Meddix Samniticus*, en honor a Cayo Poncio. Queda bien.»

«¿Y por qué no *Escipionyx*? Si queremos ser justos, fue él el que lo encontró.»

Blosia Trifena hizo una mueca despectiva y dijo, «Si no hubiera sido por los Samnitas, nunca habríamos llegado hasta aquí» y apresuró el paso.

Al fin y al cabo, son niñas; a los doce años juegan con la filosofía como si jugaran con las muñecas. Y a los trece o catorce tendrán que depositarlas en el ara de una diosa, tal y como prevé el rito para las novias. *Desaparece la luna, tramontan las Pléyades. Profunda noche.* Esta es la naturaleza de las cosas. ¿Qué puedo hacer yo? Solo alargar lo más posible una estación breve. Solo añadir algo de luz al resplandor que está destinado a apagarse.

«Te ayudaré con tu relación», aseguré. «Redactar es un óptimo ejercicio.»

(Trad. Beatrice Cinti)

Nota de la autora a la edición italiana 2012

La primera edición de esta colección, que hoy no se puede encontrar sino en las mejores bibliotecas, estaba presente en un volumen de formato reducido y contenía solo los tres primeros relatos de esta nueva edición digital. Estos tres cuentos los escribí antes de mi debut oficial en la narrativa, y a pesar de su esquelética medida anunciaban ya algunos de los temas que he tratado en mis novelas. De los cuatro que ha añadido después, *Milán Poesía* marca una línea divisoria, ya que lo escribí un poco antes de la novela *La suerte de la fea (La bruttina stagionata)* y fue publicado después de su favorable acogida. *Ziusura* es un efecto colateral de la investigación realizada para la redacción de la novela arqueológica *La rossa e il nero*. Los últimos dos relatos forman parte, como el primero, *Esqueletos sin armario*, de mi largo y tortuoso trabajo en *Le ragazze di Pompei*.

Esqueletos sin armario fue publicado en su primera edición en un pequeño volumen de tirada reducida: *16 racconti italiani*, Libreria Rinascita Editrice, Brescia 1990.

Más tarde dio título a la colección *Scheletri senza armadio e altri racconti* (primera edizione La Tartaruga, 1997). Hoy lo podemos encontrar en la antología *Racconti italiani del Novecento*, preparada por Enzo Siciliano, Meridiani Mondadori, Milano 2001 (tomo III). Traducida al inglés con el título de *Skeletons without closets* (tr. by Mary Ann Frese Witt) en la antología preparada por Marta King, Martha , *After the War. A Collection of Short Fiction by Postwar Italian Women*, Italice Press, New York 2004.

Cuerpo de baile, escrito en 1985, se publicó por primera vez en la colección

Scheletri senza armadio e altri racconti en 1997.

Está prohibido hacer llorar a los bambúes lo escribí en 1986 para un concurso literario premiado con su publicación en *Racconti. Premio città di Modena*, Gian Franco Borelli Editore, Modena 1987. Apareció después en la colección *Scheletri senza armadio e altri racconti* en 1997.

Milán Poesía escrito en 1990, se publicó en la revista *Nuovi Argomenti* n.46, Aprile-Giugno 1993, (pp. 47-55).

Ziusura, que lo escribí en 1999 durante un viaje a Iraq, primeramente se publicó en su traducción inglesa con el título de *The man who was there* (tr. by Natalie Danford) en *Nimrod*, vol. 45 n. 2, spring/summer 2002, The University of Tulsa, Tulsa Oklahoma. Más tarde se tradujo al árabe con el título de *Ziusura* (traducción de Ahmed el Maghrabi) en la antología preparada por Alloni, Marco y Angarano, Stefania, *Herz mulawan* (Un cofre de colores), Sharqiat Publishing House, Cairo 2004. La versión italiana aparece en *I racconti delle fate sapienti*, colección dirigida por Francesca Pansa, Frassinelli Paperback, Milano 2005.

Cleopatra y César, apareció por primera vez en el *Corriere della Sera*, el 5 de agosto de 2003.

De rerum natura fue publicado por primera vez en *Sguardi sulla scienza - 10 racconti più 10*, en edición de la Imprenta del CNR, editado por el Consiglio Nazionale delle Ricerche, en Roma en el 2004. Este relato lo escribí en el mes de marzo del 2004 por invitación del CNR, que había promovido el concurso, «Un relato para la ciencia» con la intención de publicar los trabajos de los ganadores acompañados de otros de autores más famosos. El dinero proveniente de las ventas del volumen sirvió para financiar unas becas. El punto de partida de esta historia

surgió del hallazgo hacía ya unos años del pequeño dinosaurio *Scipionyx Samniticus* (enseguida lo denominaron «Ciro»). A esta criatura fósil la habían llamado «Scipionyx» en honor a Scipione Breislak, el geólogo que en 1798 describió el área en que se le encontró, Pietraroja nel Sannio. El nombre «Scipionyx» es, en realidad, un compuesto del latín «Scipio» y del griego «onyx», con el significado de «Garra de Escipión». En mi relato lo he simplificado, entendiendo el nombre «Scipionyx» como una simple deformación del *cognomen* romano Escipión asociado al término sannítico Meddix. Las Pléyades, llegan directamente de Saffo.

Biobibliografía

Carmen Covito nació en 1948 en Castellammare di Stabia (Nápoles) y vive en Milán. Después de trabajar como periodista, profesora, traductora y redactora en una casa editorial, crítico literario y teatral, escribe su primera novela con la que consigue un éxito inmediato. Enseguida se lleva a las salas del teatro, al cine e incluso consigue acuñar una expresión nueva en la lengua italiana *La bruttina stagionata* (Bompiani 1992, Premio Bancarella 1993), publicada en España con el título *La suerte de la fea* (Lumen en 1994).

Más tarde ha publicado: *Del perché i porcospini attraversano la strada* (Bompiani 1995), *Benvenuti in questo ambiente* (Bompiani 1997), *La rossa e il nero* (Mondadori 2002), *L'arte di smettere di fumare (controvoglia)* (Mondadori 2005).

En el año 2001 ha publicado en formato e-book *Racconti dal Web* abriéndolo a la lectura pública, desde su propia página web (www.carmencovito.com)

Interesada por la cultura japonesa, desde el año 2007 es socia fundadora y vicepresidenta de la Associazione culturale shodo.it (www.shodo.it) dedicada al estudio y a la difusión de la caligrafía de aquella lengua. Asimismo dirige la revista on line *AsiaTeatro* (www.asiateatro.it), siendo además la presidenta de la homónima sociedad cultural.

Mientras tanto, ha vuelto a la narrativa con su novela *Le ragazze di Pompei* (Barbera Editore 2012) y el cuento largo *Il processo di Giusta* (Barbera Editore 2013).

Indice

Prólogo a la edición española

Esqueletos sin armario

Cuerpos de baile

Está prohibido hacer llorar a los bambúes

Milán Poesía

Ziusura

Cleopatra y César

De rerum natura

Nota de la autora a la edición italiana 2012

Biobibliografía